

Entañer



Para: Alberto Salcedo Ramos
"La mejor forma de cambiar el mundo es escribiendo o al menos es lo que creo.
Cada palabra tanto escrita como leída nos ayuda a avanzar como sociedad.
Hay escritores, periodistas, personas como usted que se dedican a hacernos
recordar nuestra propia historia y nos ayuda a darnos cuenta de que
el recuerdo es importante."
Andrea Delhóme Castro



*Detenerse en los detalles para
vislumbrar la grandeza de lo simple.
Ahondar en la humanidad para
valorar la vida.
Leer la realidad para conjurar
la indiferencia.
Escribir para dejar constancia de que
el lenguaje transforma realidades.
En Prensa Escuela creemos que es
posible ayudar a construir la historia
del futuro, una historia que abrace
la esperanza.*

C.
el**COLOMBIANO**



El poder de construir colectivamente

Luis Miguel de Bedout Hernández • *Presidente de El Colombiano*

Uno de los textos que se publica en la edición de este año es simple y muy profundo: un hijo le agradece a su padre todo lo que ha hecho por él. Por eso tomamos su ejemplo y agradecemos.

En El Colombiano creemos en el valor del trabajo colectivo, tenemos la claridad de que nuestra misión en Prensa Escuela no sería posible sin las entidades que se han sumado de manera generosa al propósito de contribuir con la formación de ciudadanos comprometidos con el bien común, a través de la sensibilización que permite el reconocimiento de la realidad. Entidades que, como nosotros, trabajan por el fomento de la lectura con criterio y de la generación de contenidos con responsabilidad.

Las universidades Pontificia Bolivariana y de San Buenaventura se han sumado para investigar, para hacer preguntas con nosotros, para producir conocimiento, ese que es el motor de cualquier sociedad dispuesta a crecer.

La Fundación World Vision y la Fundación Ratón de Biblioteca les dieron a muchos de los jóvenes que participaron este año la seguridad de que nada les impediría asistir al taller de Prensa Escuela y se comprometieron aportando los recursos para su transporte, así como el tiempo de los voluntarios y bibliotecarios para que no estuvieran solos.

La Secretaría de Cultura Ciudadana, a través de los Eventos del Libro nos proporcionó la presencia del periodista Alberto Salcedo Ramos, quien desde el programa *Adopta a un autor* compartió con los jóvenes su mirada de la realidad del país y lo hizo de una manera tan cálida, que logró conoverlos y animarlos a leer y escribir.

El trabajo colectivo es como magia, no es fácil, requiere de práctica, confianza y convicción, no solo en aquello que podemos ver, sino frente a todo lo que no podemos controlar. El trabajo colectivo implica decisiones complejas, perseverancia y un respeto a toda prueba por nuestros colegas. El trabajo colectivo implica que compartamos los logros y asumamos responsabilidades en las dificultades.

El trabajo colectivo es lo que nos permite trascender en medio de una sociedad que se torna peligrosamente individualista.

Las instituciones educativas que les han abierto a los jóvenes un espacio para que se aparten de la cotidianidad de la escuela, conozcan y comprendan la realidad de otros compañeros; los padres y familiares que acompañaron a los jóvenes en esta aventura, los que temieron y los que no dudaron, todo ellos son dignos de nuestra gratitud.

Gracias a todos los que se han sumado a la idea de que la lectura de la realidad, el cuestionamiento a la información y el uso responsable de la libertad de expresión, son herramientas fundamentales para formar personas con un alto sentido de la humanidad. Esa es nuestra misión en Prensa Escuela, gracias por ayudarnos a desarrollarla ■

En El Colombiano creemos en el valor del trabajo colectivo.

El taller

El Taller 2018 N° 14 ISSN 2215-9886

EL COLOMBIANO

Presidente

Luis Miguel De Bedout Hernández

Directora

Martha Ortiz Gómez

Jefe de Comunicaciones y Relaciones Corporativas

María José Jaramillo Berrío

Coordinadora Prensa Escuela

Clara Tamayo Palacio

Universidad Pontificia Bolivariana

Rector

Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Decano Escuela de Ciencias Sociales

Ramón Maya Gualdrón

Dir. Facultad de Comunicación Social - Periodismo

María Victoria Pabón Montealegre

Decano Escuela de Educación y Pedagogía

Guillermo Echeverri Jiménez

Coordinadores Convenio Prensa Escuela - UPB

Facultad de Comunicación Social - Periodismo

Carolina Campuzano Baena

Facultad de Educación

José Mario Cano Sampedro

Universidad de San Buenaventura

Rector

Fray José Alirio Urbina Rodríguez, OFM.

Decana Facultad de Educación

Beatriz Elena Ríos Estrada

Coordinadora Convenio Prensa Escuela - USB

Sonia Guerrero Cabrera

Diseño, pre-impresión y producción

Maydé Tatiana Mesa Hoyos

Preprensa EL COLOMBIANO

Diseño de portada

Laura García Osorio

Área de Comunicaciones El Colombiano

Foto de portada

Alejandra Ceballos López

Jonathan Correa Restrepo

Sara Parra Cadavid

EL COLOMBIANO

Fotos páginas interiores

Talleristas y coordinadores Prensa Escuela

Ilustraciones

Manuela Correa Uribe

Talleristas Medios Escolares 2018

Universidad Pontificia Bolivariana

Facultad de Comunicación

Social-Periodismo

Alejandra Ceballos López

Isabel Uribe Sierra

Laura Cristina Castrillón Valencia

Luisa Fernanda Osorio Echeverry

María Valentina Montoya Sánchez

Natalia Orozco Taborda

Santiago Gutiérrez Urrea

Facultad de Educación

Lic. Inglés Español

Santiago Higueta Manco

Jonathan Correa Restrepo

Laura Cristina Serna Hernández

Universidad de San Buenaventura

Licenciatura en Lengua Castellana

Sara Vanesa Parra Cadavid

Tallerista invitada

Laura García Guerra

Comunicadora Social - Periodista

Universidad Católica Luis Amigó

Prensa Escuela es uno de los programas de responsabilidad social de EL COLOMBIANO que le aporta a la formación de ciudadanos sensibles y comprometidos con su entorno por medio de la lectura de prensa y la motivación a la escritura desde los géneros periodísticos.

Contribuimos con la formación de lectores con criterio y de productores de sentido con responsabilidad.



Aprender es establecer relaciones

Clara Tamayo Palacio • Coordinadora Prensa Escuela EL COLOMBIANO

Este ha sido un año dedicado a la memoria en distintas instancias públicas en Colombia. Memorias personales, colectivas, históricas. Todas ellas nos llevan a pensar qué sociedad estamos construyendo, qué tipo de sociedad somos, y nos dejan una pregunta retadora: ¿cómo escribir desde ya memorias esperanzadoras de futuros cercanos?

En Prensa Escuela hacemos memoria con los jóvenes y nos damos cuenta de su sensibilidad para percibir el mundo, para develarlo ordenado en sus palabras. Ellos nos dan señales de que hay una generación que tiende azarosamente a normalizar el abandono y la violencia; pero también nos muestran que saben escuchar, que están ávidos de compañía y que son capaces de construir su camino y de asumir posturas frente a la vida que dignifican al ser humano. Nuestra manera de acompañarlos ha sido a través del lenguaje.

Trabajamos con ellos a partir de los tres pilares de la educación que plantea Julián de Zubiría: pensar, comunicar, convivir. Les damos elementos a los jóvenes para pensar la realidad, para leerla desde distintas perspectivas, para hacerle preguntas. Propiciamos desde la lectura, la escritura y la conversación posibilidades para comunicar el alma de los muchachos, su contexto, sus preocupaciones e intereses. Generamos espacios para encontrarse y valorar la diversidad que los caracteriza y que les permitirá desvertebrar los prejuicios para crear confianza y construir sociedad.

Tenemos en Prensa Escuela una claridad de lo que es educar, inspirada, entre muchos otros, en Alexander Von Humboldt. Para nosotros, aprender es establecer relaciones, desde lo más simple y cercano hasta lo más complejo y distante. Relaciones entre pensamientos y personas; entre arte y ciencia; entre filosofía y física; entre química y gastronomía; entre Norte y Sur; entre Oriente y Occidente. Relaciones.

Ese es nuestro gran reto en El Taller: ayudarles a ver los detalles de la realidad desde las noticias, las crónicas y los perfiles;

desde las historias de seres humanos que encarnan la memoria de nuestro país, para que se quiten la venda que les impone la sobreinformación. Nuestro reto es darles una lupa que les permita ver la relevancia de lo que no se dice, descubrir lo innecesario de la banalidad y ponderar la trascendencia de la vida.

Una vez más sé que no vamos a cambiar el sistema educativo colombiano; no vamos a cambiar las realidades que nos avergüenzan de este mundo, pero sí seguiremos generando motivos de esperanza para muchos jóvenes que necesitan referentes para reivindicar la vida, la solidaridad, la intimidad, la honestidad, el aprecio por el bien común. Ellos mismos son referentes de esos valores y hoy tienen más elementos para contarnos quiénes son, para compartir nuevas lecturas, para escribir con un propósito y para conversar con argumentos y compasión. Para crear memorias de un futuro digno del ser humano ■

¿cómo escribir desde ya memorias esperanzadoras de futuros cercanos?



La Lectura y la Escritura en la Escuela: lo básico para innovar

Guillermo Echeverri Jiménez
Decano Escuela de Educación y Pedagogía.
Universidad Pontificia Bolivariana

El paso por la escuela siempre parece ser un tiempo de rutinas: tareas repetidas que se realizan durante más o menos doce años. En este tiempo pasan lecciones, amigos, juegos, transgresiones, carteleras, desvelos, más tareas, otros amigos, ausencias, nuevos juegos, recreos, regaños, días felices, días tristes, días comunes. En fin, la escuela es ese tiempo inolvidable que nos marca para toda la vida porque lo llevamos entre la memoria y la piel. Nos sabe a la permanencia de lo que ya no es y nos habita en la nostalgia.

Cuando vivimos la escuela, fruto de la rutina del quehacer institucional, perdemos de vista que los procesos de lectura y de escritura tienen un hondo significado en nuestras vidas. Seguramente no alcanzamos a dimensionar que aquello que leemos y escribimos es, tal vez, uno de los asuntos más representativos de nuestra formación. En efecto, el proceso de lectura, por ejemplo, nos pone en una condición de extrañamiento con respecto a la cotidianidad; y fruto de ello somos capaces de recrear la existencia con personajes, escenarios, acontecimientos y problemas inéditos.

La lectura en la escuela ha sido objeto de variados análisis, estudios, investigaciones y ensayos, que en general demuestran las bondades de formar buenos lectores. No pocos teóricos señalan que es la lectura en los niveles iniciales la que propicia desarrollos cognitivos destacados entre los estudiantes; así mismo, otros estudios anotan que la lectura en casa, en el seno de la familia, desarrolla procesos significativos con respecto a la representación fina del mundo, el pensamiento, y la creatividad, particularmente con respecto a la imaginación.

Para la mayoría de los estudiosos del desarrollo cognitivo, la lectura es la plataforma que les permite a los niños y a los jóvenes recrear la existencia, además de consolidar la función decodificadora del lenguaje. Por esto, precisamente, una de las responsabilidades centrales de la escuela tiene que ver con proveer a los estudiantes textos de lectura que promuevan la representación, la codificación, la imaginación, la creación estética. Con esto se hace de la existencia cotidiana una construcción, esto es, más que una repetición o una acomodación a las condiciones externas.

Si en la misma línea de la lectura la escuela promueve la escritura, entonces podemos pensar en un ciclo virtuoso, pues en la segunda se realiza un ejercicio de codificación, de pensamiento más elaborado, de argumentación, de exposición, de composición. En esta tónica, la escritura ubica a los estudiantes en la condición de autores, es decir, de quienes empiezan a configurar una autoridad por vía de lo que perciben, piensan, escriben.

En estos dos procesos mencionados, Prensa Escuela ha alcanzado sus más importantes réditos. Vale decir que en tiempos de innovación es menester reconocer que la base de la misma reside en la formación de lo fundamental, de lo básico: la lectura y la escritura. Por esto el programa es innovador: reconoce que lo básico es lo indispensable para avanzar, para desarrollar más altas tareas en el ámbito educativo ■

La ruta de un tallerista

José Mario Cano Sampedro • Docente Facultad de Educación • Coordinador convenio Prensa Escuela Universidad Pontificia Bolivariana

Acompañar a los estudiantes de diferentes instituciones, privadas y oficiales, del Valle del Aburrá que buscan afianzar sus procesos de lectura y escritura, apoyados desde los géneros periodísticos, es el trabajo que llevan a cabo los talleristas que forman parte del Programa Prensa Escuela. Ser Tallerista es un reto personal y profesional; es comprometerse a estar al lado de niños y jóvenes que vienen de diferentes contextos y realidades, cargados de preguntas y expectativas en torno al programa, a la Universidad y a sus compañeros de otras instituciones.

Si bien los asistentes al Taller tienen una formación en competencias ciudadanas desde los estándares y los derechos básicos de aprendizaje de los distintos saberes que trabajan en sus colegios, llegan al programa para complementarlas y aprender con otros y de otros, en torno a la ciudad en la que viven, así como para aprender a contar su contexto, y a narrarse ellos mismos en sus acciones cotidianas, desde la familia, la institución y los sectores donde viven. En esos momentos los talleristas se apropian de su rol, dejan de ser estudiantes universitarios para convertirse en formadores, y se dedican a escucharlos, orientarlos y motivarlos en cada encuentro para que participen de manera activa en el taller.

El ejercicio de un tallerista pasa por diferentes momentos que lo conducen a enfrentar las responsabilidades que le corresponde asumir:

1 Capacitación

En primera instancia, los jóvenes universitarios deben capacitarse en pedagogía, en la metodología de taller, que requiere una disposición y una dinámica diferente a la de la clase tradicional. En comunicación, se trabajan los géneros periodísticos, entendidos, de manera general, como las diversas formas de contar la realidad y en las que la lectura y la escritura son el eje transversal del proceso. En este primer momento se requiere de tiempo, cuidado y dedicación, pues esta etapa es definitiva en cada uno de ellos antes de ponerse al frente de un grupo.

2 Planificación

Un segundo momento corresponde a la planeación de los talleres, ejercicio que se hace en equipo, con la compañía de los coordinadores. En dicha etapa se definen los propósitos que se quieren alcanzar, las temáticas que se van a abordar, las actividades para apropiarse los conceptos, los tiempos para las mismas y los recursos requeridos para llevarlas a cabo. En este espacio se hacen acuerdos y se toman decisiones para realizar todo lo que se planea.

3 Puesta en escena

El tercer instante es el reto mayor de los talleristas porque los enfrenta a los grupos y pone a prueba su preparación. Esta es la ocasión para efectuar los talleres con los niños y jóvenes; es una etapa definitiva para entrar en la lógica de la orientación, en el rol de formador, en un proceso que durará varios meses. En estos encuentros es fundamental que los talleristas se apropien de los procesos de lectura y escritura, diálogo y escucha que les permitan lograr una buena interacción con los estudiantes y generar un ambiente propicio para el taller. Allí es muy importante estar atento a las dificultades que se presenten y buscar alternativas de solución para las mismas.

4 Seguimiento

Durante el tiempo que dura todo el proceso, los talleristas deben dedicar un buen tiempo, durante la semana, a hacer un seguimiento de los ejercicios de escritura de los estudiantes, es decir, revisan los textos, en su forma y en su contenido, y luego hacen las respectivas devoluciones a los estudiantes para que realicen los ajustes y las correcciones respectivas.

Reflexión

Finalmente, luego de este recorrido, de este trayecto de enseñanzas y aprendizajes, de esta experiencia que les ha dado claridades, pero que también los ha cuestionado en su ser y en su hacer, los jóvenes universitarios han vivido, poco a poco, una transformación que da cuenta de que este viaje de formarse para formar a otros ha tenido diferentes estaciones que los dejan equipados con elementos importantes para otros retos de sus vidas y de sus profesiones.

Un tallerista se forma, es decir, se construye a sí mismo como persona y como profesional en todos los momentos de este ejercicio; en cada instancia hay aspectos que lo configuran y lo hacen ser, que lo determinan y lo definen. Su labor se consolida en el trabajo con los coordinadores del programa, con sus compañeros de otros programas, en los encuentros con su grupo de estudiantes. El tallerista crece, avanza y se proyecta; participa de un espacio de formación constante que, necesariamente, deja huella en su vida ■



Que las luces no se apaguen

Carolina Campuzano Baena • *Coordinadora Convenio Prensa Escuela*
Facultad de Comunicación social-Periodismo • Universidad Pontificia Bolivariana



Si es de noche y se mira desde arriba, Medellín está lleno de puntitos amarillos que señalan los millones de vidas que lo habitan. Las montañas no están apagadas, cada foco indica que alguien vive allí. Parece la Vía Láctea, como millones de estrellas que no se pueden contar, si se habla de números, pero que a la vez señalan que hay miles de relatos por ser narrados, porque cada puntico es una historia.

Y es eso lo que se evidencia en los participantes del Taller Prensa Escuela. Cada uno tiene algo por decir, su vida no ha pasado en vano y sus historias hablan de lo que son. Así, este 2018, el Programa – de la mano de los talleristas- guio a cada joven para que abriera un poco más los ojos de modo que pudiera mirar su contexto para hacerle preguntas, entenderlo y contarlo a otros. Porque contar es también un acto político: es participar desde la palabra, tener voz para ser tenido en cuenta y dar testimonio del paso de esas maneras de ser ciudadanos.

Ahora bien, lo retador es que todos los

años nos encontramos con que cada historia trae pedacitos de realidad difíciles de digerir y que nos ponen a pensar, tanto a talleristas como coordinadores, en cómo trabajar con estas verdades que los participantes traen de sus mundos, pues en muchos de sus textos relatan hechos donde se naturalizan comportamientos que atentan contra el individuo y las comunidades, se normaliza el dolor y no se evidencian esperanzas.

Entonces la pregunta que más nos inquieta es el cómo: ¿cómo lograr que haya una reflexión sobre esas verdades?, ¿cómo se puede dar un paso en el que se trascienda la naturalización del horror?, ¿cómo hacer que la comunicación no sea solo compartir información sino construir sentidos que contribuyan al bienestar colectivo? Es por eso que Prensa Escuela no se queda quieta, el desafío que tiene

Participar desde la palabra, tener voz para ser tenido en cuenta y dar testimonio del paso de esas maneras de ser ciudadanos.

el Programa cada año es repensar estrategias que contribuyan no a que los chicos memoricen las características de la crónica o que se vuelvan expertos entrevistadores, sino que adquieran herramientas que los ayuden a ejercer la ciudadanía a través del acercamiento a los géneros periodísticos y a la información de actualidad; donde trasciendan las anécdotas y reflexionen sobre lo que ha sucedido y donde discutan esas verdades dolorosas con el fin de hacer apuestas para que no se perpetúen las desgracias.

El norte seguirá siendo que ninguna de esas lucecitas que se ven en la noche de Medellín se apaguen, sino que, por el contrario, brillen al asumirse como seres valiosos para la sociedad que pueden poner el diálogo, la reflexión y la participación desde la palabra por encima del insulto, el ataque y la destrucción del otro ■

Un esfuerzo mancomunado

Beatriz Elena Ríos Estrada • *Decana Facultad de Educación • Universidad de San Buenaventura*

El programa Prensa Escuela de El Colombiano tiene más de 20 años de aportes a la formación de niños y jóvenes en acciones sobre lectura y escritura, que incentivan las competencias interpersonales, argumentativas, propositivas y emocionales para la toma de decisiones, promueve la interacción con personas de diversas culturas a través de estrategias metodológicas y didácticas, por eso es un espacio fundamental para los procesos formativos de docentes en formación y en ejercicio.

Es un escenario de aprendizaje que incentiva la investigación, la docencia y la proyección social, modalidades que permiten develar las prácticas pedagógicas en quienes diseñan los talleres, pues implica hacer lectura de contexto, identificar el saber que se requiere profundizar y conocer las necesidades formativas de las personas a quienes van dirigidos.

En este mismo sentido la investigación se constituye en el

medio para alcanzar la verdad del conocimiento y alimenta el deseo permanente de problematizar la realidad y buscar alternativas metodológicas que lleven al logro de nuevo conocimiento; así mismo la docencia como la reflexión constante del maestro para la formación de sí y para quienes dirige sus labores es alimentada desde el Programa, por ello la proyección social, asunto fundamental para la Universidad de San Buenaventura se consolida, al dirigirse al servicio de otras personas, para resolver problemas de la vida cotidiana.

Está en la naturaleza de Prensa Escuela favorecer la toma de decisiones, la resolución pacífica de problemas y generar nuevo conocimiento, que vincula la educación, la comunicación y la convivencia. Todo ello desde el esfuerzo mancomunado de diferentes instituciones que, desde sus particularidades, se muestran deseosas de aportar a un mejor país ■

Habitar en Prensa Escuela

Sonia Amparo Guerrero Cabrera
Docente investigador
Coordinadora convenio Prensa Escuela
Facultad de Educación
Universidad de San Buenaventura

Vivir en una ciudad, en una gran ciudad como Medellín, tiene sus retos. Más allá de sobrevivir a las largas jornadas de trabajo, los interminables trancones y los aguaceros torrenciales, el logro más grande es vivir con el otro. Un otro que a veces se torna difuso en la marejada de las 6 de la tarde en el Metro, o el otro que sólo existe cuando te extiende un buñuelo con café, hay momentos en que la nitidez de quienes te rodean es sólo visible cuando entras a un salón de clase y muchos ojos te miran expectantes. Porque la escuela, cualquiera sea su lugar u horario, si eres profesor o estudiante, si es adentro con un tablero o afuera bajo el sol, te invita a ser distinto. A ser con los demás, ese microcosmos que es un salón de clase exige un uso compartido del tiempo, de la palabra y de las acciones.

En Medellín hay un hábitat especial, que se llama Prensa Escuela, donde el ecosistema incluye personas de todas las edades, que ponen en pausa el ajetreo semanal de la vida cotidiana para reunirse los viernes a conversar. Hablan de libros, cine, música y anécdotas sobre felinos, se cuentan noticias y tratan de entender cómo en un país tan hermoso, rico en animales y plantas, privilegiado con tantas culturas, lo más común es el dolor y la injusticia. En parte por eso se reúnen, para pensar y compartir juntos qué se puede hacer, cómo vivir en Colombia, en otras palabras para: aprender a ser.

Cuando en la tarde del viernes llegan los más jóvenes, la conversación se alborota, hay un ajetreo de hojas, lápices, palabras y risas; algunos traen aun pegado en sus mentes retazos del parcial, o entran al salón pensando en la sonrisa de la persona que les gusta, es común que los talleristas lleguen en compañía de gomitas, mermelosas y otros dulces para compartir, probablemente porque la intensidad del azúcar secunda la intensidad de sus emociones y anhelos.

A pesar de que todos llegan a un salón, no van a clases, aunque están en una universidad, desbordan las fronteras de ese espacio, y entonces se empiezan a percatar de que han llegado a un hábitat distinto, donde su ser se encuentra consigo mismo para sentir y pensar sobre el mundo. No es sólo el volver la mirada a las acciones cotidianas, o leer deslumbrantes crónicas sobre la realidad del país, es un tipo de relación que se va construyendo con lo que leen, con lo que escuchan y expresan, que les permite encontrarse a sí mismos.

Sus voces cambian, se llenan de nuevas palabras y se muestran expectantes por lo que pasará el próximo encuentro; comparten experiencias y narraciones que a medida que pasan los días se hacen cada vez más íntimas, más cercanas a lo que se es y se quiere dar; cada viernes es una oportunidad para re-nombrar el mundo, para ver a Medellín con otros ojos, un poco más inquisitivos, atendiendo a detalles escondidos y para preguntar; indagar por ejemplo qué dice Jesús Abad Colorado con sus fotos, o qué propone Martín Barbero para que la educación en Colombia beneficie a sus habitantes, se interroga a Alberto Salcedo Ramos sobre sus hazañas de infancia, y se le pregunta a la gente del barrio cómo hacen para ser felices, todo para comprender un poco mejor el lugar donde se vive.

Al finalizar la tarde todos salen o con una nueva cara, con un pensamiento renovado o incluso revuelto o una emoción agitada, porque lo importante en Prensa Escuela es que, en medio del desenfreno y el desencanto que agitan la realidad del país, haya lugar para la palabra amable, que vincula y que permite crear ■



Prensa Escuela y la formación de los comunicadores sociales

María Victoria Pabón Montealegre
Directora Facultad de Comunicación Social – Periodismo
Universidad Pontificia Bolivariana

Transcurre un año más en el que nos sentimos muy orgullosos de ser parte del programa Prensa Escuela, por los resultados obtenidos y la sinergia que se da con diversos actores de nuestra Sociedad. Y es que se valora mucho la oportunidad que tienen los estudiantes de nuestra Facultad de Comunicación Social – Periodismo de contar con un espacio, al que llegan de manera voluntaria y que les ofrece el debido acompañamiento, para que puedan liderar un proceso de formación ciudadana con los estudiantes de bachillerato de las diversas instituciones educativas participantes.

Es así como nuestros futuros comunicadores se ejercitan en los géneros periodísticos y el arte de contar historias, salen de sus lugares comunes que habitan para conocer y comprender a los otros, se sensibilizan ante distintas realidades y perspectivas que les permite inspirarse y crear contenidos que aporten a una sociedad más justa y humana.

Para nuestra comunidad académica, docentes - investigadores, egresados y estudiantes, este programa trasciende los objetivos propuestos de fortalecer la lectura crítica en los jóvenes y darles herramientas para producir contenidos con responsabilidad, a partir de escribir historias que los acercan a su contexto. Nos da los motivos para las discusiones

y estudios sobre el rol de la comunicación en la formación de la ciudadanía, y comprender el alcance de los medios escolares. De ahí que se articule con el trabajo del semillero de Comunicación y Educación, surjan proyectos de investigación, y se participe con el tema en eventos nacionales donde se dialoga con pares, porque queda mucho por hacer, aprender y proponer.

En cada edición del Programa Prensa Escuela se nota como responde satisfactoriamente a los desafíos planteados. En el 2018, se hizo presente en la Fiesta del Libro y la Cultura con diversas estrategias que acercaban las experiencias significativas de los colegas al público y se trabajó el tema de la memoria desde la prensa; también se desarrollaron talleres dictados a los usuarios de la Biblioteca Villa de Guadalupe, gracias a la alianza con la Fundación Ratón de Biblioteca, entre otras actividades.

Todo esto nos lleva a desear larga vida al programa, y a agradecer a quienes hacen posible este trabajo que nos congrega. El esfuerzo del año se traduce en la alegría y energía con las que se cierra esta edición. La semilla quedó sembrada en los participantes y con sus historias contribuyen para construir la memoria de su comunidad, de su país y, muy seguramente, contribuirán también con transformaciones sociales ■

Todo esto nos lleva a desear larga vida al programa, y a agradecer a quienes hacen posible este trabajo que nos congrega.

El significado de aprender

Luisa Fernanda Osorio Echeverry • Facultad de Comunicación Social-Periodismo
Séptimo semestre • Universidad Pontificia Bolivariana

Dicen popularmente que enseñar es todo un arte. Pero también lo es aprender. No basta con sentarse en un pupitre a tomar apuntes, para aprender es necesario tener ansias de conocer el mundo, un gusto por las historias, capacidad de asombro, actitud de escucha y, sobre todo, comprender que el otro siempre tendrá algo por compartir.

Recuerdo que la primera vez que participé en Prensa Escuela, como estudiante, esperaba con ansias cada encuentro para conocer una nueva historia. Y tanto disfrutaba de los talleres que cada que pasaban por los salones preguntando quién quería hacer parte de Prensa Escuela, yo era la primera en alzar la mano. Así durante dos años; y, en ese tiempo, que me pareció bastante corto, aprendí a escribir y a contar. Como diría Jesús Martín Barbero: a contar números, a tener en cuenta al otro y a contar mi historia, porque "lo que usted ha vivido no lo puede contar nadie más".

También recuerdo que al llegar a la biblioteca, un lugar estrecho y silencioso en el que teníamos nuestros talleres, sacaba mi cuaderno y un lapicero para tomar apuntes, pero al final solo anotaba el tip de ortografía porque siempre terminaba absorta en las historias de mis compañeros y me quedaba perpleja escuchando cada palabra que los talleristas decían, no quería perderme todo lo que tenían por enseñarme. Quería que las horas se hicieran más largas y escuchar todos los relatos.

Ahora que estoy del otro lado, como tallerista, descubrí que uno termina aprendiendo más que los estudiantes. En cada una de sus historias, tan cotidianas y sencillas, encontré detalles dignos de asombro que enriquecieron mi visión de la realidad. Los chicos con

los que tuve la oportunidad de compartir me enseñaron algo distinto: que compartir con el otro es el primer paso para eliminar los prejuicios, que la empatía es más fuerte que las diferencias socioeconómicas, que nunca se es demasiado joven para estar en un congreso de la ONU, que lo más difícil de contar historias es reconocer que la propia también cuenta, que un grupo de chicos de

escuela y un salón de biblioteca no es la mejor combinación... Yo espero que ellos también hayan aprendido algo de mí, por mínimo que sea.

Y es que Prensa Escuela permite la convergencia de distintas visiones del mundo, desde el diálogo y el respeto, así como compartir con el otro que es completamente distinto a mí pero igual de importante. Por último, y lo más valioso

es que podemos comprender que toda historia es digna de contar, porque cada una permite tejer la realidad del entorno que habitamos y esto nos hace recortar esas distancias o diferencias con los otros seres humanos ■

Ahora que estoy del otro lado, como tallerista, descubrí que uno termina aprendiendo más que los estudiantes.



Un reto que generó transformaciones

Jonathan Correa Restrepo • Facultad de Educación • Noveno semestre • Universidad Pontificia Bolivariana

El inicio de esta aventura empieza el 31 de diciembre del 2017. Mientras celebraba la llegada del nuevo año en familia, justo a la media noche, miles de pensamientos vinieron a mi cabeza, supe que no había marcha atrás y que el tiempo de mi época universitaria se estaba agotando. Sería mi último año en la academia, el año en el cual me enfrentaría a uno de mis mayores temores: las prácticas universitarias. Puede sonar absurdo; pero para alguien que nunca se sintió cómodo con su profesión, porque no es totalmente de su gusto y en algunos aspectos no encaja con sus sueños más íntimos, ese hecho en particular podría convertirse en un verdadero dolor de cabeza, un viacrucis que debería recorrer para llegar a la tan anhelada graduación.

El 22 de enero del 2018 ingresé al último año de la Licenciatura en Inglés-Español de UPB, donde he pasado los últimos cuatro años de mi vida. Estaba dispuesto a dar todo de mí para culminar este proceso

con la mayor tranquilidad, y esperaba con ansias conocer en cuál institución educativa ejercería mi profesión docente, aunque en mi interior solo deseaba que el año fuera lo más efímero posible.

No tuve que esperar demasiado tiempo para conocer el destino de mis prácticas. Al cabo de un par de días, llegó la posibilidad de pertenecer al programa Prensa Escuela, sin duda era una señal del universo, sería un nuevo reto que quería asumir. Me presenté al programa en medio de un acto fugitivo, no deseaba estar en un establecimiento educativo, tenía miedo, y sería Prensa Escuela quien me daría la oportunidad de cambiar esa sensación; y así aconteció, realice la prueba de admisión, la entrevista y la capacitación en un mismo día, jamás lo olvidaré, sentía que estaba a punto de tener un colapso nervioso, una sensación que hoy día recuerdo con cariño.

El programa me ayudó a creer más en mí, dejar mi

timidez e inseguridad a un lado para transmitir conocimiento a alguien más, ya que era la primera vez que me enfrentaba a esta situación. Fue mi primera experiencia como maestro en formación y fue más de lo que me imaginaba, realmente formas personas, algo que solo con la práctica y el ejercicio docente logras apreciar en un 100%.

El Programa ofrece un contexto diverso, social y pedagógico en el que se hace uso de la prensa como recurso didáctico y se busca enaltecer el sentido ciudadano a través de la comunicación, es el escenario en el que descubrí nuevas formas de vida y construí una experiencia social en torno al contexto que rodea a cada uno de los participantes, los cuales hicieron todo esto posible.

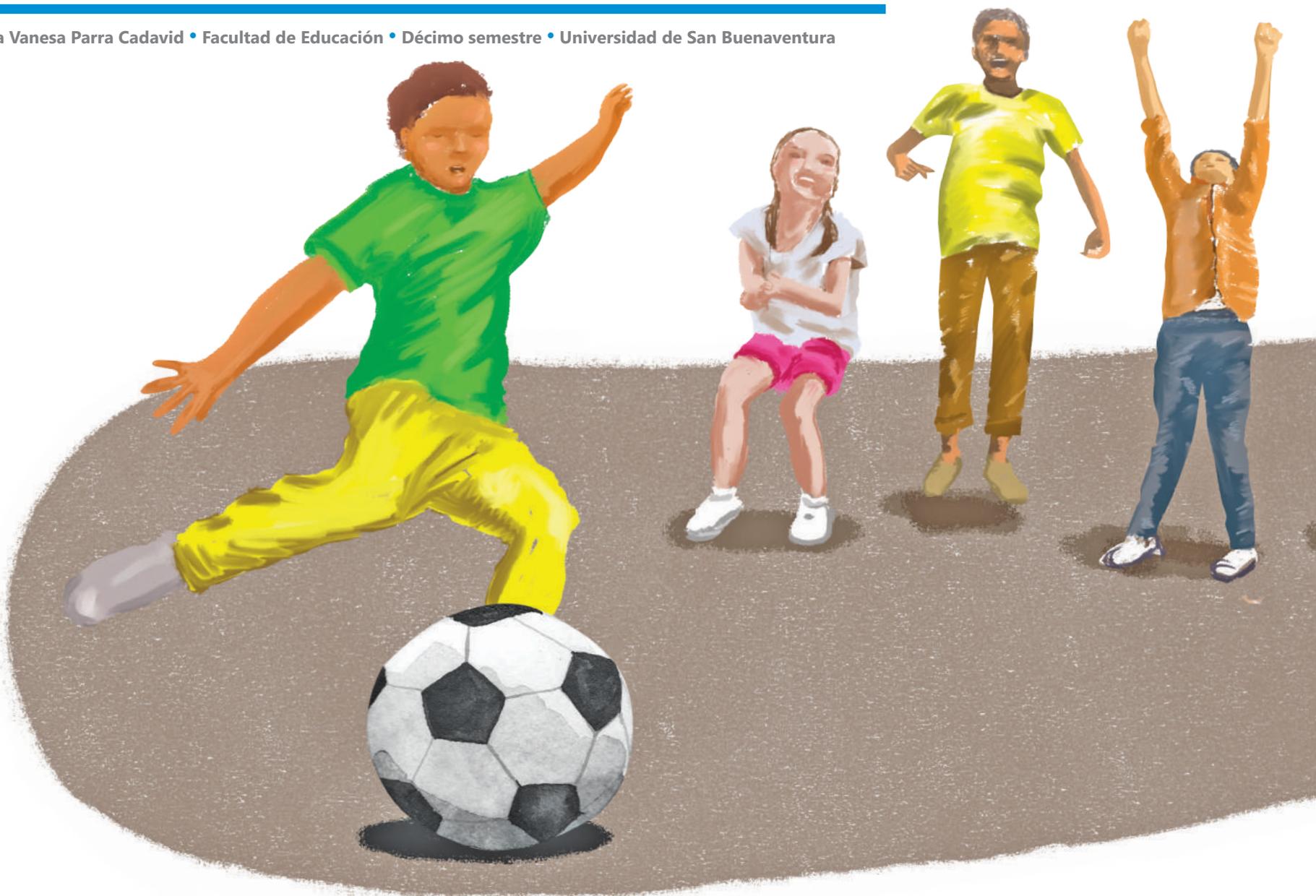
Haciendo una reflexión más profunda logré formar un criterio más fuerte frente a las problemáticas sociales que suceden en nuestra ciudad. Con ayuda de los chicos del taller asumimos un concepto de ciudadanía fundado en los valores humanísticos; es difícil explicar lo que esto genera, es una gran satisfacción percibir que el país se está encaminando hacia el respeto, la igualdad y la buena convivencia con el otro con las nuevas generaciones. Me doy por bien servido al saber que aporté un poco en la formación de cada uno de ellos.

El equipo Prensa Escuela me dio la posibilidad de crear conciencia social y reafirmar los valores morales con los que crecí; a mi amiga Sara Vanesa Parra, la mejor compañera de viaje en esta aventura, y por supuesto a mis estudiantes, de quienes espero sigan construyendo un mundo mejor, los llevaré en mi corazón. Agradecido de haber sido tallerista porque, sin duda alguna, esta ha sido la mejor experiencia universitaria que he tenido ■



Goles en la escuela

Sara Vanesa Parra Cadavid • Facultad de Educación • Décimo semestre • Universidad de San Buenaventura



Corrían las 3:30 p.m. de una calurosa, ¡muy calurosa tarde! En la Institución Educativa Julio Arboleda, ubicada en el barrio Moravia. Era la hora más esperada de la jornada académica: el recreo, siempre lo ha sido y lo será, mientras la educación se enfoque en atiborrar a los niños de información y no en hacer posible una reflexión sobre sus cotidianidades.

Para los maestros también es particularmente un momento bastante anhelado, pues se deja de ser el profesor para convertirse en el “profe” o la “pro”, amiga y confidente de las grandes anécdotas que pasan en la escuela y en la vida de los estudiantes.

El 6 de septiembre de 2018 la hora del recreo fue atípica, la situación estaba un poco tensa desde las 3:00 de la tarde pues, en el salón de segundo grado, corría el rumor de que, en ese descanso, el balón de fútbol le correspondería a John Farlis y no al resto del grupo, como se supone pasa cada jueves. La gran discusión se desató cuando el orden al cual ya estaban habituados se cambió, ya que un día le toca el balón de fútbol a todos los niños y al día siguiente solo a John, pero, ¿por qué él solo contra el resto de los de su clase?

John Farlis es de aquellos niños al que muchos llaman “problema” cuando, realmente, es una de las muchas víctimas de un país desigual, injusto y violento. John y su familia hacen parte de las estadísticas de personas desplazadas por la violencia en Colombia. Llegaron a la ciudad y a la escuela en abril de 2018, su ingreso a la educación fue inmediato y en esa misma inmediatez también se proclamó y divulgó rápidamente en los pasillos de la escuela que él era un niño demasiado agresivo y, por ello, no habría que “juntarse con él”.

La escuela es una jungla que los adultos no logran percibir, solo la ven como el lugar donde los ni-

ños estudian, pero es realmente el primer lugar donde aprenden a luchar: contra las injusticias, el hambre, la trivialidad, pero especialmente, es el primer lugar donde se enseña a competir, allí se promulga la ley del más fuerte, “la ley de la selva”.

Suena el anhelado timbre, salen los niños corriendo, salen las profes, abren la tienda, se compran dulces, gaseosas, papitas, mangos y uno que otro elemento para jugar. Camino al patio y evidencio una situación que no logró resolverse en el salón de clases. John tiene el balón en su mano izquierda y reta a los demás niños para que se lo quiten si pueden. Los niños se aproximan, pero no lo suficiente, pues el miedo a que John conecte su derecho es latente entre todos. Pasa un rato en el cual se procuran movimientos azarosos, aunque ninguna de las dos partes se atreve hacer algo concreto.

Yo observo con bastante calma la situación y me dirijo lentamente hacia el centro de la cancha mientras los niños, sin piedad por mi sentido auditivo, hablan a una misma vez para aclarar el problema. Todos intentan contar el suceso, unos y otros señalan a John como el gran culpable de la calamidad escolar. Luego de disputarme el paso por entre los niños, llegué hasta donde se encontraba John y le pregunté qué pasaba, en su defensa, contestó que todos querían quitarle el balón y era injusto ya que ese día le correspondía jugar con este, pues el día anterior, no había asistido a la escuela y sus compañeros jugaron con el balón, así que hoy le correspondía a él.

Los demás, al unísono, replicaron al argumento

que John proporcionaba, diciendo que no era su culpa que hubiese faltado a la escuela. Me sentí impotente, desesperada, tenía calor y todos los niños esperaban mi veredicto. No sabía qué hacer, miraba los rostros de todos, de un lado los niños que deseaban jugar un trivial partido de fútbol; del otro, un niño que esperaba un poco de justicia cuando acudió, como pocas veces lo hace, al diálogo como recurso en la resolución de conflictos.

Me paralicé y en medio de ese miedo por no decepcionar a nadie y no decepcionarme a mí, recordé la mejor sensación que he tenido en mi vida. Así que dije: “definiremos esto por penaltis, una ronda de tres tiros, el niño con más goles, se quedará con el balón”. Ambas partes estuvieron de acuerdo, reflejando un sentimiento de lucha similar al de dos machos alfa reclamando su lugar en medio de la selva.

Breiner, de ocho años y proveniente de Montelíbano, Córdoba, fue el elegido por sus compañeros para que los representara, su potente zurda lo había hecho famoso entre los demás jugadores. John Farlis, no tan bueno en el fútbol, pero sí en la competencia y, con las energías suficientes para salir triunfador, era el adversario.

Tomé el balón, me dirigí al arco y conté 12 pasos, no muy cortos, no muy largos. La maestra que soy me decía: “recuerda que son niños”, pero mi espíritu futbolero muy arraigado desde mi niñez y vivido en un sin número de canchas de fútbol del mundo, me decía: “esto es fútbol, no hay cabida para la debilidad”. Tomé una moneda que definió el orden de los cobros.

Yo observo con bastante calma la situación y me dirijo lentamente hacia el centro de la cancha mientras los niños, sin piedad por mi sentido auditivo, hablan a una misma vez para aclarar el problema.



Iniciaría Breiner, un niño delgado, no muy alto, jocosamente como buen costeño y con una pegada impecable. Contaba con el apoyo de todos sus compañeros, una barra de más o menos diez niños, que poco a poco se fue haciendo tan grande pues, los otros grados se sumaron a ella.

John, de nueve años, nacido en Barranquilla, criado en Apartadó, flaco, alto, con la fuerza que caracteriza a los negros, con sed de triunfo en una escuela que ahora se convierte en un importante escenario deportivo, sin hinchada, pero con seguridad, va al arco. Breiner se prepara, los demás gritan su nombre tan fuerte que llegan otras profes pensando que era una pelea, finalmente se retiran. Yo le pido al público que dé un paso atrás para no interferir con la trayectoria del balón.

Estoy asustada, esto puede ser contraproducente en la ya mala relación de los niños, cuento: 1,2...3. Breiner cobra y ¡gol! Es una locura, los demás niños lo abrazan, se le van encima, algo así como ganar la Champions, la Eurocopa, la Copa América y hasta el mismísimo Mundial. Mis ojos desesperados buscan entre la multitud a John, él está con el balón en la mano con tanta tranquilidad que no logré descifrar qué pasaba por su cabeza. Con frialdad camina hacia el punto penal, mira a Breiner que ya está en el arco.

De nuevo, todos gritan: ¡Breiner, Breiner! Nadie grita John, pero él lanza una sonrisa burlesca al arquero y sentencia el tiro, ¡gol! Solo él lo celebra. Breiner con un poco de enojo y unos cuantos regañones de su hinchada retorna al punto penal, y John hace lo mismo hacia el arco, los espectadores de nuevo animan; yo, debo retirar al público de la cancha o por lo menos del camino por donde debe pasar el balón para concretar la jugada; John está en su posición de arquero, Breiner tira el balón, pero esta vez pasa por encima del arco, no se concreta el tiro y recibe fuertes críticas por parte de sus allegados, en su rostro se nota gran tristeza; sin embargo, camina al arco y espera a John quien se prepara para patear, el público de nuevo apoya a Breiner, esta vez, John ya no se ve tan confiado, creo que sus pensamientos le exigen meter la pelota en el arco, John chuta el balón y, por esas cuestiones del fútbol que yo no logré descifrar, Breiner se interpone en la trayectoria del balón y tapa el tiro, ahogando el grito de gol en John pero desatando la euforia en los asistentes, curiosamente, celebraron con más fuerza la interrupción del gol que un gol mismo, lo cual me llevó a pensar, que más que un asunto de posesión del balón como

objeto, lo que se disputaba esa tarde era la gloria, el honor y el ego.

Llegaría el tercer tiro, el tiro final de la ronda inicial de tres penaltis, el marcador: uno a uno. Breiner se prepara, apunta y fuegooooo, pero aún y con tanto fuego, bota de nuevo la pelota por el lado derecho del arco. Sus compañeros se llevan las manos a la cabeza, otros confundidos por la situación, sin saber que si el próximo tiro resulta en gol, pierden el balón, se unen a los regañones inclementes de los demás niños. Mis ojos buscan a John y ahí está con esa sonrisa blanca que resalta entre su negrura como si fuese un efecto luminoso del sol. Con la voz desgastada pido nuevamente al público que dé un paso atrás. Aclaro, que en caso de que John anote el gol, será el ganador; todos asienten con tristeza.

Tres niños ahora hacen parte de la barra de John y gritan su nombre mientras los demás, con el ceño fruncido, esperan el cobro. Grito: 1,2...3. Cobra y falla. El balón va por el lado izquierdo del arco, lleva tanta fuerza que le da a un niño en el brazo y logra desestabilizarlo hasta hacerlo caer al suelo. El público celebra, John se enoja, y yo me tensioné. ¿Qué debería hacer ahora?, ¿llevarme el balón y que nadie juegue?, ¿darle el balón a la mayoría?, ¿darle el balón a John? La verdad no sabía qué hacer, qué decir, ni qué pensar; todos esperaban algo de mí, pero yo no lograba saber qué era. En sus rostros parecía como si la solución fuera obvia, yo no sabía cómo resolverlo, así que retomé mi papel como réferi y convoqué al centro a los dos jugadores, proclamando que ya se había cumplido la ronda reglamentaria de tres cobros, por lo que nos iríamos a 'muerte súbita', es decir, quien haga el gol, gana.

El público de nuevo tomó su lugar, cobrador y arquero fueron a sus puestos, puse el balón en el tiro penal, di la señal y Breiner erró, luego John, también erró, pasó penal a penal, y no lograban definir el juego. Me hicieron recordar aquel partido de 2016 cuando el Deportivo Independiente Medellín clasificó a la final contra el Junior de Barranquilla después de cobrarse veintidós penales en el Atanasio ante el Cortulúa, los amantes al fútbol sabemos muy bien que veintidós penales es algo más que tortuoso. Todavía

me pregunto cómo no morí ese día de un ataque al corazón y no siendo esto suficiente, la vida me pone a padecer un episodio similar.

Después de muchos intentos, llegó el último tiro, nadie esperaba que ese fuera el último. Ya nos habíamos hecho a la idea de que estaríamos viendo errar penaltis hasta que se acabara el recreo, pero como dicen por ahí: "en el fútbol no hay nada escrito". Efectivamente se encontraban una vez más el tirador y su verdugo frente a frente, dispuestos a dejar la última

gota de sudor en la cancha. El jugador toma distancia, la hinchada observa silenciosa, el arquero trata de cubrir el arco con su cuerpo, yo intento pensar en qué pasará si este penalti es anotado, ¿qué diré?

Se cobra el tiro y ¡gol! Hubo un silencio, un silencio que sentí en mis entrañas, un silencio que ni en la clase más estricta he escuchado, un silencio como aquel de la Copa Mundial de la FIFA de 1950, cuando Uruguay se consagró campeón frente a Brasil en el estadio Maracaná en Río de Janeiro, era ciertamente un silencio

como el ¡Maracanazo! Breiner se va rápidamente a tomar agua y, tras él, rostros de tristeza y desilusión que le daban palmaditas en la espalda en señal de tranquilidad. Finalmente, Breiner no se quedó con el balón, pero lleva con él sus amigos. Miré al otro lado y está John con el balón y una sonrisa. Me acerqué a él y lo felicité, su reacción fue darle un abrazo a la única persona que, durante los cobros, le hizo un guiñito de felicitaciones cuando lograba desviar el balón o simplemente cuando este no entraba y él seguía en la pelea. Fue un abrazo entre dos cómplices, pero además fue un juego limpio y lleno de emociones. Después de treinta minutos de gran emoción, sonó el timbre, y antes de ir al salón John se acercó a Breiner y le propuso una revancha, y ese fue otro gran regalo que nos dio el fútbol, ya no eran dos rivales, ahora, eran dos amigos.

Finalmente, el recreo se resolvió con goles y no con golpes, John ganó una batalla de las tantas que le ha puesto a pelear la vida en su corta edad, Breiner afianzó su amistad con sus compañeros y yo fui la maestra más feliz del mundo, parada en la mitad de una cancha de una escuela tal vez olvidada por un indolente Estado ■

La maestra que soy me decía: "recuerda que son niños", pero mi espíritu futbolero muy arraigado desde mi niñez y vivido en un sin número de canchas de fútbol del mundo, me decían: "esto es fútbol, no hay cabida para la debilidad".

Anatomía de Prensa Escuela

Natalia Orozco Taborda • Facultad de Comunicación Social - Periodismo • Sexto semestre • Universidad Pontificia Bolivariana

Decirle sí a Prensa Escuela es adquirir un cupo directo a un curso de anatomía. Uno llega con la certeza de las partes de su cuerpo. Uno sabe que tiene 2 ojos, 2 oídos, 1 nariz, 1 boca, 2 brazos, 2 piernas, 1 corazón. Eso es lo que racionalmente uno sabe. Eso es lo que al final del programa uno niega.

Se forma un solo cuerpo de 26 ojos, 2 por cada uno de los participantes del taller. Una ciudad vista desde 13 miradas no puede surtir un efecto menor al de poder conocerla desde diferentes aristas, reconocer sus variados colores, observar su gente y saber que lo único que limita la exploración es cerrarlos o negarse a usarlos.

Bastante razón tenía el activista estadounidense Martin Luther King al decir: "tu verdad aumentará en la medida que sepas escuchar la verdad de los otros". Nosotros fomentamos la escucha de esa verdad del otro a través de un cuerpo de 26 oídos. Solo así pudimos entender las verdades de la ciudad que andamos.

No es en vano que cada cuatro segundos llevemos a cabo el proceso de inhalación; esto muestra que dentro de nuestro instinto de supervivencia tenemos, a su vez, incorporada la capacidad de conocer a través del olfato. Saber a qué huele el entorno, reconocer en este desde los más espléndidos olores hasta aquellos que ahuyentan a todos; es lo que 13 narices trataron de desarrollar aún más.

Hablar. ¡Qué importante es dar a conocer eso que



opinamos! Ese cuerpo construido en Prensa Escuela tenía 13 bocas, cada una dotada con la aptitud de expresar sin censura aquello que apoyaba, contradecía o quería aportar. Así se formó una sola voz más potente, con la capacidad de hablar de cualquier tema.

Ninguno de los 26 brazos se quedó libre de contacto. Tan importante es el amor propio que, al ser un solo cuerpo, necesitaba juntar todos sus brazos para sentirlo y así ninguno se escapó de la fortaleza que brinda un abrazo.

Muchos pies hacia un mismo camino deben ir a la misma marcha, dando los mismos pasos. Tuvimos un año para que los 26 pies que confor-

maron tal cuerpo aprendieran a caminar al unísono. Diferentes pies acostumbrados a andar diversas rutas, se juntaron con el fin de llegar a la meta del reconocimiento del entorno por medio de los géneros periodísticos.

Hay algo que no se multiplicó. Un corazón. Nos quedamos con un solo corazón, porque es ahí donde aunamos esfuerzos para conformar, de a poco, uno solo que fuera tan potente que pudiera más que 13.

Solo Prensa Escuela te hará entender cómo es posible que, a pesar de un adiós final que separa las otras partes de ese cuerpo construido, pueda seguir vivo un corazón que une a todos a través del afecto y los recuerdos construidos.

Nadie dijo que este cuerpo fuera de apariencia real. Solo así lo sentimos. Esta fue nuestra forma de conocer al otro y a la ciudad. Fue esta la forma en la que se aprendió a narrar. ■

Tan importante es el amor propio que al ser un solo cuerpo necesitaba juntar todos sus brazos para sentirlo, y así ninguno se escapó de la fortaleza que brinda un abrazo.

Avivar el fuego de la palabra

Laura Cristina Castrillón Valencia • Facultad de Comunicación Social - Periodismo
Séptimo semestre • Universidad Pontificia Bolivariana

Prensa Escuela es un paréntesis en la rutina, como "ritualitos que tiene uno para vivir, para seguir cantando bajo este son", como diría la cantautora Marta Gómez. Es un espacio para que los jóvenes confronten otras realidades de su misma ciudad, de otros iguales a ellos pero que por diferentes circunstancias, tienen condiciones y problemáticas particulares.

El Programa permite comprender que su mundo va más allá del colegio, su casa y su ba-

rrío. Es la oportunidad para enfrentar los miedos que en sus ambientes cotidianos no pueden enfrentar porque se sienten señalados. Es la posibilidad para conocer a otros, romper estereotipos y reflexionar sobre sus prejuicios, como una de las participantes quien descubrió que la señora del puestico de fritos del barrio también toca la guitarra, le gusta la pintura y tiene toda una historia por contar.

Pero ellos, más que contar historias, hicieron el ejercicio de: escuchar, observar, meditar, comprender, decidir, escribir, leer y ser leídos. Ocho acciones que se convierten en elementos fundamentales tanto para producir un texto como para enfrentar la vida y que también son herramientas clave para: expresarse, conocer otras realidades, definirse, reconocerse en otros, organizar y plasmar sus ideas, así como para hacer memoria.

En lo personal y como profesional en formación, Prensa Escuela me deja muchas experiencias que se traducen en aprendizajes. Además de conocer a los chicos, compartí y fui cómplice de sus miedos, escuché sus preguntas, intentamos acercarnos a respuestas entre todos y, lo

más bello, estuve a lo largo de su proceso de contar historias, como la de una de las participantes que, al principio, dijo no querer escribir porque poco le gustaba, pero al final fue una de las más trabajó y disfrutó haciendo su texto; u otro muy tímido que decidió escribir justamente sobre ese miedo al enfrentarse a un público y logró construir uno de los textos con más claridad en su estructura.

Como tallerista, al tener un grupo tan heterogéneo en edades y personalidades, entendí aquellas palabras de Galeano: "cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. (...) Hay fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende".

Creo que cada taller fue leña para estos fueguitos que, a su ritmo y tiempo, se irán avivando. Creo que la escritura nos permite encontrar nuestra propia voz o al menos es un camino, una búsqueda. No requiere de fórmulas y por ello cada uno es protagonista y responsable de su proceso.

Prensa Escuela me hizo recordar la fuerza y el poder de la palabra, de las historias, del periodismo, así como la capacidad de transformación que tienen la lectura y la escritura. Creo que escuchar al otro es el camino. La palabra es el medio. Las historias la excusa. Prensa Escuela la oportunidad. ■



Nuestra tierra prometida

Catalina Rojas Quiñones • I.E Presbítero Antonio José Bernal • Grado décimo
Talleristas: Jonathan Correa Restrepo • Sara Vanesa Parra Cadavid

Mi familia es campesina, sí, campesina. Para ser exactos son bisabuelo y bisabuela, tío y tía de mi madre, a quienes con los años yo también llamé tío y tía. Mi bisabuelo Adán era dueño de una parcela de doce hectáreas de tierra fértil que conectaba con la carretera vía Bugre en Cereté, Córdoba, carretera que me cuesta olvidar, pues al recorrerla para llegar a la parcela, te encuentras con un camino destapado, rocoso, pero con una vista estupenda de árboles ubicados uno tras de otro, en una perfección única, que permiten divisar las tierras vecinas llenas de cultivos de maíz, algodón y caña de azúcar. Además, escuchas a los pájaros trinar y a los trabajadores saludar, mientras el sol te quema el rostro, y al mismo tiempo te afirma que eres un ser humano que siente. A esto le sumamos el calor, ese calor tan característico de la costa caribe colombiana que te hace apreciar un poco más el saludo de quien trabaja horas bajo el sol.

Allí vivía gran parte de la familia Quiñones, según cuenta mi madre, es indescriptible cómo ella recuerda aquellas tierras: "Lindo lugar para estar", comentaba con cierta pausa, como si extrañara esa niñez vivida en donde se sentía bienvenida y cálida siempre. Me tomé la tarea de buscar, escuchar y transcribir los testimonios de algunos de mis familiares, ellos me contaron una cantidad de anécdotas de aquella época, a mis oídos dos de ellas resonaron más que las otras: la primera es que, al morir mi bisabuelo Adán y mi bisabuela Rosa, muchos de la familia se desentendieron del lugar, y los pocos que ayudaban a mantenerlo se fueron, de a poco, uno a uno, algunos fallecieron y otros ya tenían una familia establecida fuera de la parcela.

Mi tío José Miguel, que en aquel entonces le llamábamos 'Jocho', de cariño, siempre nos recibía con una sonrisa de oreja a oreja, se le veía a medida que nos acercábamos, con una camisa sin mangas, pantaloneta a la altura de su rodilla, descalzo y con su cabello despeinado que te daba la ilusión de que había crecido otros 5 centímetros de alto, agregados a su estatura de 1,79 cm. Justo después de abrazarlo con fuerza, muy entusiasmada

de verlo nuevamente, luego de un año lejos de él y de la parcela, me detuve a observar ese optimismo, amabilidad y esa sincera mirada de bienvenida tan representativa de él, todo esto se veía reflejado en las tierras llenas de vida que 'Jocho' ayudaba a mantener, se podían apreciar las cosechas de maíz y caña, tan grandes y prósperas que me hacía creer que el amor todo lo puede.

A la hora del almuerzo las mujeres de la familia se encargaban de pelar el plátano, la yuca, la papa, entre otros alimentos, los hombres se disponían a buscar la leña con el fin de montar el fogón para poder preparar el sancocho. Mientras los grandes se hacían cargo de la comida, los niños nos dedicábamos a jugar a las escondidas por toda la parcela. En aquellos días, mis primos y yo, nos peleábamos por la presa más grande y gustosa de la gallina, pero al final desistimos y se la dejamos al tío 'Jocho' como agradecimiento. Así comenzábamos cada primero de enero, después de darle la despedida a aquellos 31 de diciembre, donde festejamos con alegría un fandango a punta de porros.

En el año 2013 mi tío 'Jocho' falleció a causa de un cáncer y, a mi sentir, la parcela junto a él. Su muerte me hizo analizar lo injusta que puede llegar a ser la vida al permitir que una persona tan generosa jamás regrese, y que al llegar de nuevo a aquel lugar nada sea igual sin ella. En este punto me atrevo a afirmar que más de un integrante de la familia lo sintió así. Y aquí puedo darle paso a la segunda anécdota: la familia se fragmentó un poco más, ya que apareció el interrogante: ¿qué sucederá con las tierras? Mi primo me explicó que es demasiado difícil mantenerlas, no cualquiera se atrevería a cuidarlas e invertirles sin la plena seguridad de que dejarían buenas ganancias; los impuestos de estas son un motivo, como también el costo de los insumos agrícolas, la mano de obra, la maquinaria, entre

muchos otros asuntos. Noté en la voz de mi primo al comentarme todo esto, el miedo a invertir en ellas, pues, con sólo recoger las cosechas que se supone que dejarían ganancias, el impuesto de estas tierras terminaba siendo el cobro de toda la inversión, y por consiguiente todo se le debería al banco; y a esto agreguémosle la falta de oportunidades laborales, el abandono de un Estado ciego y sordo a las necesidades de un pueblo doliente y, con todo esto, tener así que correr a otra ciudad para poder subsistir.

Recurrir a vender las tierras era, a ojos de algunos de la familia, la única opción; otros tenían memorias de ese lugar que les impedía considerar esta decisión, incluyéndome, recuerdos llenos de alegría, locuras, emociones, pero a su vez, recuerdos que traen tristeza y nostalgia; recuerdos que al final siguen y seguirán siendo significativos. La última opción a considerar era alquilar algunas hectáreas de tierra, pero el beneficio económico no tendría tanta importancia para la familia, como sí para aquellos que la alquilaran.

Quisiera poder dar un cierre concreto a esta historia, pero ningún integrante de la familia ha podido darle uno a esta situación que aún sigue en discusión. Como yo lo veo, la mejor opción es que todos nos unamos y le demos la misma importancia a esas memorias, a esas tierras, a ese lugar de encuentro. Siento que no todos tenemos los mismos intereses, hasta parece ser que la vida no nos alcanza para darle todo el valor que se merece, y encuentro un poco difícil volver a unir con hilos esos harapos descosidos de una familia rota.

Algo que sí me deja perpleja y triste, es lo frío e inerte que se ven esas tierras hoy día, es como si fuese la evidencia de la decadencia y desolación de un lugar que en algún momento fue un sitio de unión, amor y celebración por la vida que emanaba de él ■

Como yo lo veo, la mejor opción es que todos nos unamos y le demos la misma importancia a esas memorias, a esas tierras, a ese lugar de encuentro.



Dos lugares, una hora y 24 histo

Andrea Delhôme Castro • *Colegio Colombo Francés* • *Grado undécimo*
Tallerista: *Alejandra Ceballos López*

Cada centímetro de cualquier lugar tiene una historia, han pasado miles de cosas en cada parte del mundo, los espacios son espacios porque así lo hemos decidido, hemos construido lugares a partir de experiencias socioculturales. ¿Alguna vez ha pensado qué había en el lugar donde usted está ahora mismo? o ¿cuántas personas estuvieron antes por ahí? ¿Acaso no se ha dado cuenta del montón de historias que pasan día a día, hora tras hora, en solo un metro cuadrado de la ciudad?

Parque de Envigado. 4:00 p.m.: una paloma se posa en la caja del embellecedor de calzado, 7 partidas de ajedrez están en curso, hay muchos espectadores 8, 9, 10... ¡quién se pondría a contarlos todos! Una niña lleva con orgullo una camiseta donde se lee perfectamente la palabra "BELLA" escrita con "mirella", mientras que un hombre bastante mayor la atrae con su grito: "heladooooo heladoooo", la niña deja de corretear palomas y le pide, a la que supongo es su madre, que le compre una crema de mora. Un hombre de pantalón oscuro y camisa azul tiene una reacción opuesta a la de la niña, ya que ni siquiera levanta la cabeza del celular; cuando el viejo hombre lanza de nuevo su poderoso grito: "heladooooo, heladoooo"; nadie puede superar la voz chillona de la niña que, ya ahora con su paleta en mano, corre cerca a la fuente a medio funcionar. La paloma, que antes estaba posada en la caja del lustrador de zapatos, vuela rápidamente para reunirse con las otras 267 palomas que había en el parque, "¿por qué se habrá ido si estaba tan cómoda?", pensé, pero al instante me doy cuenta de que un niño de

Violín en hombro comienza a tocar una melodía que, desde donde estoy, resulta ser sordo muda, pero los gestos de su mano son tan lindos que se asemejan al vuelo de la paloma que está flotando en el aire impregnado de marihuana.

camisa a rayas se ha sentado con su abuelo en una de las bancas del parque y en ambas manos sostiene lo que para los pájaros resulta ser un manjar: chitos. Poco a poco, les dan los chitos a las palomas y cuando toman más confianza se montan en el regazo del abuelo, quien ríe a carcajadas al ver a su pequeño nieto gritar desde la lejanía: "nooooo, abuelo te van a morder", al ver

esa escena acompañé la risa del anciano, hasta que me di cuenta de que no era la única en notar tan tierno y divertido momento: un flash se disparó desde las escaleras de la iglesia, un fotógrafo ahora tenía en sus manos la foto de un abuelo siendo devorado por las palomas de Envigado.

Universidad de Antioquia. 4:15 p.m.: huele a marihuana, no se sabe de dónde proviene el olor, pero ahí está mezclado con la suave brisa que siempre flota cerca de una de las canchas de donde se puede ver la estación Universi-

dad. Varios estudiantes están haciendo ejercicio en el gimnasio al aire libre que está detrás de mí. Hay una mujer por cada 10 hombres, pero una en especial llama la atención, lo único que parece hacer es retar a los demás a ver quién hace más barritas o más flexiones que ella. Detrás de este paisaje hay un joven con botas color carbón, pantalón del tono de las plumas de un cuervo y camisa del color de las profundidades del océano pacífico, él es uno de los únicos en todo el lugar que se encuentra solo; saca su violín y mira a ambos lados, estará asegurándose de que nadie lo moleste, supongo yo. Violín en hombro comienza a tocar una melodía que, desde donde estoy, resulta ser sordomuda, pero los gestos de su mano son tan lindos que se asemejan al vuelo de la paloma que está flotando en el aire impregnado de marihuana. Volteo para volver a ver la cancha de fútbol que hace 6 segundos estaba vacía y siento una grata alegría al ver que varios universitarios se reúnen en el centro y





Andrea es una observadora meticulosa. Nos confronta con una pregunta sencilla y cuando le demos respuesta, no volveremos a mirar de la misma manera aquello que pasa a nuestro lado, pues nos demuestra que es posible detenerse en los hechos más simples para intuir historias, para conmovirse.

Equipo Coordinador de Prensa Escuela

parecen discutir quiénes tendrán la suerte de poner sus bolsos como arquerías.

4:30 p.m.: el embellecedor de calzado ahora está lustrando los zapatos de un señor barbado, frente a ellos pasa un hombre con una mariposa amarilla tatuada en el rostro. "Ficha tocada, ficha jugada" se escucha en una de las 7 partidas de ajedrez que siguen en curso, el chico que está pendiente del juego asiente dándole la razón al anciano de la camisa amarilla y no al del bastón pegado con cinta. Mientras esto pasa, y la partida de ajedrez sigue su curso, una pareja de adolescentes pasa frente a la iglesia, se ven tan felices que supongo que llevan poco tiempo juntos; otra pareja, bastante diferente, pasa poco después por el mismo punto, pero en vez de detenerse a besarse se acercan al centro del parque y cuando llegan ahí, la chica, que tiene unas gafas de sol azules, saca un balón del Barça y le dice tranquilamente a su acompañante "¿acá sí quieres jugar?" Él asiente con una hermosa sonrisa y, como si nada, comienzan a hacer trentayuna entre las numerosas palomas. Pasa un hombre invidente y casi se cae al tropezar con el niño de camisa a rayas que viene corriendo desde el otro lado del parque para decirle a su abuelo: "tito ya no hay tantos pájaros, ¿se comieron todos los chitos?" y don Tito responde tranquilamente que se los han acabado. "Yo también quería chitos", dijo el niño. Una señora con una camisa naranjada de la alcaldía de Envigado intenta levantar a un habitante de calle de una de las bancas del parque, pero él se niega y le dice que mejor lo deje dormir, o al menos eso es lo que supongo que dice al ver los bruscos gestos de su mano, pero ella con cara de malgeniada comienza a pegarle con un trapo, en aquel momento corroboré que la gente del gobierno siempre ha sido desagradable, al contrario de los pobres que solo quieren que los dejen dormir. Ya no veo al niño de la camisa a rayas, ni a Tito; se habrán ido, supongo, pero me pregunto: ¿dónde está el fotógrafo? ¿Los habrá seguido?

4:45 p.m.: ha pasado algún tiempo desde que el partido de fútbol comenzó, no sé quién va ganando, pero voy por el equipo que no tiene camisa. Siento algo de hambre, pero me niego a dejar de estar cómodamente sentada para ir hasta donde está el joven con una de esas tiendas semiambulantes montadas en cajas de cartón que ya son tan conocidas en la U. de A., y a la cual muchas personas se acercan para comprar chicles, Chocorramos, papitas de limón, galletas waffer, sánduches, una cerveza o cualquier otro producto comestible o bebible que exista sobre la tierra. La persona más interesante que se acerca a la tienda semiambulante es un chico que pide una candela para encender su cigarrillo, y pide el favor de que sea una candela verde porque si no, no le gusta el sabor del cigarrillo; creo que su interlocutor no sabe qué pensar, así que le pasa la candela con total tranquilidad y le ofrece un chicle por si acaso no le gusta el sabor a cigarrillo prendido con esa candela verde. Después de esta escena tan diverti-



da veo cómo va el equipo sin camisa y resulta que poco después de mirarlos meten un gol, y sonrío, en mis cuentas personales van 1-0. La que no tuvo ningún éxito fue la joven deportista que retaba a todo el mundo a hacer barritas o, al menos, de todas las veces que puse mi atención en el gimnasio al aire libre era ella quien iba perdiendo. Volteo para ver la melodía que las manos del violinista me permiten ver, pero ya no está, se fue y dejó sola a la paloma que vuela entre los aires de marihuana.

5:00 p.m.: el hombre con la camisa de "embellecedor de calzado envigadeño" se para y da algunas vueltas por el parque ofreciendo sus servicios; suenan las campanas de la iglesia y más de uno se echa la bendición, la fuente sigue funcionando a medias, mientras las 267 palomas que antes comían chitos ahora beben de ella. Un hombre con zapatos rojos, camisa roja y gorra roja dice "vea que esto sí llama a los pájaros" y saca un silbato de forma extraña, la mujer que está parada junto a él lo mira con incre-

dulidad, pero al sonar el silbato unas 4 palomas se acercan a los pies calzados de rojo, nadie, aparte de una señora y yo, presencia la maravillosa hazaña, pues todos están pendientes de las 7 partidas de ajedrez que aún no terminan.

Los jugadores de fútbol descansan para tomar algo, el joven de la candela verde acaba su cigarrillo, supongo que le gustó ya que no se comió el chicle que había comprado en la tienda semiambulante que, por cierto, sigue bastante concurrida; el violinista de negro atuendo no volvió y la paloma ya no está por ningún lado ¿será que fue a buscarlo?, me pregunto. Ya no pienso en la paloma, saludo a un amigo que pasa y luego respiro hondo, sigue oliendo a marihuana.

Me paro de ambos lugares, camino hacia el bus y en dirección del Metro. El Gascuña no pasa, pero siguen pasando cosas en el parque. Cuando el Metro llega, hay puesto, me siento y pienso: ¿Cuántas historias habrá en una silla? ■

La persona más interesante que se acerca a la tienda semiambulante es un chico que pide una candela para encender su cigarrillo, y pide el favor de que sea una candela verde porque si no, no le gusta el sabor del cigarrillo.

Silencio amargo

Isabela Gaviria Rúa • Escuela Normal Superior De Medellín • Grado noveno
Talleristas: Luisa Fernanda Osorio Echeverry • Laura Serna Hernández

Febrero 23 del 2014. Pasaba la noche en casa de mis abuelos. Desperté temprano, todos dormían. Fui al patio trasero de la casa. Era un día soleado, escuchaba el cantar de los pájaros y el crujir de las ramas. Un grito a lo lejos me sacó de aquella serenidad. Era mi abuela quien, desde el interior de la casa, llamaba a desayunar, le di un beso en la mejilla y caminé directo al comedor. En la mesa, los huevos sobre la arepa, el chocolate caliente con una tajada de queso... Típico desayuno de abuela. Pero faltaba el abuelo.

La noche anterior sus ronquidos interrumpieron mis sueños. La oscuridad se apoderaba de todo.

En aquella habitación con puerta blanca agrietada por los años, luz tenue y paredes sin pintura se encontraba tumbado en la cama un hombre alto, moreno, ojos oscuros y cabello blanco que pasaba las tardes en el sillón, escuchando dulces tangos que le hacían recordar su juventud -"Tengo miedo de las noches que pobladas de recuerdos encadenen mi soñar..."- mientras una lágrima recorría las arrugas de su rostro esperando la hora de partida. Su vida fue ajetreada, solo quería descansar.

Eran las diez de la mañana y el abuelo aún no respondía. Mi tío entró a la habitación. Sa-

ducía el hombro de mi abuelo mientras lo llamaba: "Jailer, Jailer... ¡jailer!". Agarró su mano, estaba rígida y fría como un hielo. Cuando salió vi a mi abuela derrumbarse en sus brazos envuelta en llanto. -"Pero el viajero que huye tarde o temprano detiene su andar..."-

En su funeral los trajes negros sobre aquellos cuerpos ajenos empezaban a llenar la habitación.

Rodearon el ataúd. Algunos lloraban inconsolablemente. Otros inclinaban la cabeza lamentando su partida.

Me acerqué. Bajo el cristal de aquella caja estrecha se encontraba el cuerpo de mi abuelo. Lo miré por un par de segundos. Di la vuelta y cerré los ojos mientras el dolor invadía mi corazón. -"Sentir que es un soplo la vida..."-

Cuando regresé a casa me senté en el sillón donde mi abuelo dio sus últimos suspiros. Encendí la radio. Escuchaba con atención cada melodía. No resistí y rompí en llanto.

Desde aquel 23 de febrero los tangos de Gardel se esfumaron para convertirse en un silencio profundo, de esos que no te dejan ni respirar. -"Vivir con el alma aferrada a un dulce recuerdo que lloro otra vez..."- ■

"Pero el viajero que huye tarde o temprano detiene su andar".



La fuerza de este texto radica en la sensibilidad que tiene Isabela para recrear un hecho doloroso con la calidez de los recuerdos que se acompañan de música.

Equipo Coordinador de Prensa Escuela



Gratitud con mi padre

Jhon Faber Bedoya Alvares • I.E. María Josefa Escobar • Grado noveno
Talleristas: Luisa Fernanda Osorio Echeverry • Laura Serna Hernández

En estas líneas quiero hacer un pequeño homenaje a mi padre, porque creo que la vida no me alcanzaría para agradecer su entrega, compromiso y dedicación con su familia. Y esta es parte de nuestra historia...

Mi papá se llama Héctor De Jesús Bedoya, un hombre amable, honrado y trabajador. Desde que tengo uso de razón ha estado pendiente de mí. Mi madre era una mujer dedicada a los oficios de la casa y al cuidado de su hijo, hasta que conoció a otros hombres y ya no le importábamos ni mi papá ni yo. Ella se iba varios días y era a mi padre a quien le tocaba llevarme a la guardería y cocinar para los dos.

Las cosas no podían seguir así. Entonces mi papá tomó la decisión de irnos a vivir donde mi tía Lux Marlene, una mujer amable y cariñosa. Cuando empecé el preescolar fue ella quien me enseñó a leer, a escribir y a sumar; mientras tanto mi padre buscaba un hogar para independizarnos y vivir tranquilos. Fue una señora llamada Luz Dary quien nos arrendó un pequeño apartamento donde vivimos tres años; durante nuestra estadía allí mi papá contrató a una de las hijas de la señora para que me cuidara. Recuerdo cómo, cuando él llegaba, me lavaba el uniforme, me ponía la pijama, me hacía la comida y me acostaba para llevarme al otro día a estudiar.

Un día mi madre apareció y discutió con mi padre. Mi tía me tomó de la mano y me llevó a su casa a pasar la noche, al otro día regresamos a la casa y ella me dijo que iría con mi padre a Bienestar Familiar. Los tres fuimos y nos encontramos con la sorpresa de que mi madre había intentado demandar a mi papá por secuestro, pero se comprobó que mi padre me atendía muy bien con la comida, vivienda, vestido... hasta vitaminas y medicina cuando era necesario.

Después nos mandaron a los tres al Bienestar Familiar de Itagüí para ver quién se quedaba con mi custodia. Una doctora me entregó a mi madre, pero en la noche ya estaba nuevamente con mi papá porque ella prefirió irse con un hombre a una finca. Mi padre fue a la Comisaría de Familia y expuso el caso, la doctora fue investigada y tuvo que reconocer su error porque no hizo un estudio pertinente para tener certeza de las condiciones en las que yo iba a quedar. Finalmente, mi padre se quedó con mi custodia y mi madre, si quería visitarme, tenía que pagar una cuota alimentaria... algo que nunca ocurrió.

Desde entonces mi papá y yo nos vinimos a vivir a El Pedregal, una vereda ubicada en la parte alta de Itagüí. Allí mi padre decidió construir nuestra casa. No fue fácil, se demoró tres años en pagar la deuda que le quedó después del préstamo que hizo para comprar el material. Con esfuerzo construyó las columnas, el piso, el techo y las paredes que han sido nuestro hogar.

Con su trabajo como vendedor ambulante en la Central Mayorista, comerciando, arreglando y vendiendo relojes, y todo tipo de cacharros, y con una fe inquebrantable, ha logrado sacarnos adelante.

Yo le agradezco todo a él, mi padre, un hombre fuerte y amable que me "crió", un hombre que dio su vida por cuidarme y quererme. Lo dio todo por mí y yo algún día espero hacer lo mismo por él. Su apoyo y confianza en mí me motivan a prepararme y ser un gran profesional para recompensar su esfuerzo, dedicación y compromiso. ■



Próxima estación: leer la vida

Dubis Adriana Pabón Jiménez • I.E. María Josefa Escobar • Grado noveno
Tallerista: Alejandra Ceballos López

Un viernes, dos horas antes de que terminara mi jornada de estudio, la bibliotecaria de la Institución Educativa María Josefa Escobar, me dijo que realizarían un taller sobre periodismo en la UPB. En ese momento no estaba segura si quería ir o no, pero aun así tenía emoción por conocer en qué consistía Prensa Escuela, ver la universidad e interactuar con más personas.

Ya eran las 12:10 de la tarde, hora en la que iría a aquel taller, acompañada de Faber, un compañero de mi salón, un chico sonriente, preguntón y divertido, quien por alguna extraña razón siempre lleva su mochila grande y pesada colgando en su panza inmensa, junto con una camisa blanca, sudadera roja y una chaqueta también roja que por nada del mundo se quita, aunque tenga mucho calor. También íbamos acompañados de Dorita, la bibliotecaria de mi colegio: una mujer que luce prendas y accesorios de colores muy llamativos porque, según ella, son los colores que van con su personalidad. Tiene una estatura baja, es gordita, pero dice que está es llenita de amor; es una relatora de historias interminables, su expresión da forma a todo lo que cuenta y siempre las acompaña con una inconfundible carcajada.

Salimos del colegio a la calle principal y esperamos media hora el colectivo que desde mi vereda nos lleva a la estación del Metro de Itagüí. Cuando subimos, Faber y yo nos hicimos en la parte de atrás, mientras que Dorita se sentó un puesto delante de nosotros; yo pedí el asiento que queda al lado de la ventana, ya que me gusta sentir ese viento que toca mi rostro mientras escucho a Faber contar historias o hablarme de la serie que vio el día anterior.

Veinte minutos después el autobús llegó a la parada, salimos como siempre en fila y agradeciendo al señor conductor. Caminamos rápido, ya que faltaba apenas una hora para que comenzara el taller y debíamos recargar la Tarjeta Cívica. Al momento de recargarla llegó el Metro, nos subimos y quedamos parados ya que no había asientos libres; Faber y Dora se hicieron juntos y yo me quedé en una esquina sola.

A mi lado izquierdo iba una señora que llevaba una camisa color rosa claro y un par de aretes exageradamente grandes, acompañados con una

cara de preocupación; podía oír lo que hablaba por teléfono, discutía con alguien llamado Alex quien, al parecer, no quiso ir a recoger una ropa; a mi derecha un señor que llevaba una camiseta color azul con puntos blancos cargaba una mochila que, a simple vista, se veía lo pesada que estaba, y por su cara de cansancio se notaba que había tenido mucho trabajo, él se reía al ver en su celular un video de personas que se caen.

En ese instante pensé: "¡Carajo! A las personas hoy en día solo les interesan sus celulares", ni siquiera hubo un poco de curiosidad en ver el hermoso paisaje desde las ventanas de aquel vagón. Sin embargo, vi a alguien diferente en aquel vagón: se trataba de un joven vestido de negro, con el cabello largo y algunos piercings en las orejas, él leía un libro de manga, se veía que sí lo aprovechaba porque estaba muy entretenido.

Después de un viaje de veinte minutos llegamos a la Estación San Antonio, donde tuvimos que hacer transbordo. Cuando nos fuimos a la otra línea del Metro, vi un grupo de personas de otro país, tal vez eran "gringos", ya que todos llevaban sus pantalones cortos, playeras, chancas y gafas de sol. Me daba risa esa forma de vestir, pero admito que era genial, se veían tan diferentes y originales...

Al llegar el tren todos entramos al último vagón, no había asientos y nos tocó quedarnos parados otra vez. Me sentía sofocada, pues había mucha gente en un espacio tan pequeño, fue sin lugar a dudas el peor momento de mi viaje, ya que había demasiado ruido, más ruido que el que hacen los automóviles. Cuando llegamos a Estadio, salimos del Metro y tomamos la ruta de la 70. Le pregunté a Dorita cuánto faltaba para llegar a la UPB, ella me dijo que debíamos caminar 10 cuadras; quedaban treinta minutos, así que fuimos lo más rápido posible.

En aquella caminata pude observar a mi alrededor los restaurantes y almacenes de ropa deco-

rados con mucho estilo y originalidad. Dorita hizo diferentes paradas y empezó a narrar historias; primero de ubicación geográfica: contando de qué lado está el Estadio, los barrios que componen esta manzana y lo mejor de todo, narró muy sonriente cómo eran de buenas las fondas que había en la 70 en la Feria de las Flores, lo cual para mí fue muy interesante y bonito, pues se reunían personas de diferentes municipios y hasta de otros países a ver esa hermosa calle llena de colores y flores. Incluso Dorita nos contó cómo es de visitada esta calle por extranjeros y habitantes de Medellín, pues allí se encuentran varios negocios de una buena gama gastronómica y comercial.

Sentía el aire fresco que pegaba en mi cara aun con el calor del medio día, me llamaron la atención los nombres plasmados en los andenes, y fue tanta mi emoción que las cuadras se nos hicieron cortas en el recorrido, mientras degustábamos de un delicioso helado al que Dorita nos invitó. Nuestro interés crecía a cada paso que dábamos; me sentí muy feliz al llegar a la Universidad porque traía muchas expectativas frente a lo que Dorita nos había narrado del taller y de interactuar con otros chicos de mi edad de otros colegios y lugares.

Al pasar los días y los nuevos encuentros en Prensa Escuela, cada recorrido no era igual, aunque el camino fuera el mismo las personas y las historias eran diferentes.

Al llegar al final de este taller me voy, como dice Dorita, recargada de energía, porque eso es Prensa Escuela para mí, apertura al conocimiento, al deseo de investigar, escribir y plasmar a través de las letras mi sentir. Hoy tengo claras tres cosas: la primera, leo mi entorno; la segunda, leo lo simple y cotidiano como a las personas que viajan en el Metro o los que transitan por la 70 y, por último, y más relevante e importante, me leo, me descubro y me proyecto a nuevos retos ■

Al pasar los días y los nuevos encuentros en Prensa Escuela, cada recorrido no era igual, aunque el camino fuera el mismo las personas y las historias eran diferentes.



Conversaciones en La Esquina



Emilia Vanegas Escobar • Colegio Colombo Francés • Grado octavo
Talleristas: Luis Fernanda Osorio Echeverry • Laura Serna Hernández

Hacia un calor cargado de humedad, de esos que te dejan una sensación incómoda en la piel. Era de noche, casi las nueve, y yo acababa de llegar al centro la ciudad. En mi destino había más gente de la que creí y a cada momento aumentaba la cantidad de cuerpos que observaban la impactante escena. Vi como un grupo de personas se detenían anonadas observando con atención y expresión de curiosidad, asombro y asco a la mujer que, frente a ellos, lloraba y movía los labios con rapidez pero que no articulaba ni una palabra. Quizás la atención de los transeúntes fue llamada por el físico de aquella persona. Sus anchos hombros, su peluca enmarañada, el maquillaje corrido por las lágrimas y su aparente complexión masculina. O quizás el motivo de sus rostros alarmados se debía a la sangre roja y oscura que salía a borbotones debajo de su vestido y manchaba las medias blancas que le llegaban a la rodilla.

Yo me encontraba de pie en la esquina derecha del cúmulo de personas que se arremolinaban alrededor de la mujer mientras la observábamos con atención. En ese momento se me acercó un hombre de baja estatura, ojos oscuros y pelo canoso y me preguntó con una voz contundente y su acento antioqueño marcado: "¿Está bien?, ¿esa señora necesita ayuda?" Esboqué una pequeña sonrisa para mí misma y le dije que no, que simplemente se trataba de un monólogo a las puertas del Museo de Antioquia, le mostré señalando con mi dedo cómo ella sostenía un mensaje grabado y ofrecía al público unos audífonos para poder escucharlo.

Todo hacía parte de un evento cultural llamado La Esquina del movimiento, dedicado a fomentar la diversidad y a darle voz a los que no suelen tener espacios para hablar. También tiene conversaciones e instancias donde, desde el arte, hacen trabajo social con las prostitutas del centro de la ciudad. El hombre se quedó pensativo unos segundos con la mirada clavada en el suelo. Yo dejé de prestarle atención por un rato. Luego, él me miró y me preguntó con un tono burlón e intimidante: "¿Y eso qué es? ¿Un hombre, una mujer o qué?". La pregunta me tomó por sorpresa, pude sentir cómo las palabras se atropellaban unas a otras en mi boca sin poder encontrar un orden para ser expresadas con claridad.

¿Qué se suponía que debía responder a semejante pregunta? Yo tampoco sabía si la persona que se paraba frente a mí era un hombre o una mujer o ninguno. ¿Acaso importaba? Cada cual es del género que es y ya está, sin importar sus genitales, o al menos así lo dicen aquellos que, a pesar de su constitución biológica, su género es completamente distinto al que les fue asignado al nacer. Como el caso de Matilda González, una mujer transgénero quien, sin pelos en la

lengua, expone en su videocolumna de opinión, *La prohibida*, las situaciones que viven las personas trans a diario y abre un debate al respecto. Así como Matilda hay muchas personas que han contado sus experiencias en los medios de comunicación y gracias a ello, quienes no hemos vivido esto en carne propia, nos hemos acercado y entendido un poco la situación que hoy vive esta población.

¿Debía decirle eso al hombre que a mi lado miraba contrariado a esa mujer? No lo sabía, así que balbuceé con nervios lo que creí correcto e intenté no importunar a este señor con mis palabras. Le dije que no sabía si se trataba de un hombre o una mujer, que creía que sí era una mujer pero que a la hora de la verdad no era algo tan importante. Que podía ser una mujer trans o un hombre, pero que lo verdaderamente significativo era la historia que tenía por contarnos y no lo que tuviera entre las piernas o el género con el que se identificaba.

Él me miró extrañado y me dijo con un tono irónico que ahora la gente estaba comportándose de forma muy extraña y que cada vez había más "maricas". Yo lo miré y, sin apenas darme cuenta, me embarqué en una conversación sobre diversidad sexual.

Comenzamos a compartir los puntos de vista y otras personas se acercaron a nuestra charla con preguntas como: "¿Entonces esa es una lesbiana o un marica?" "¿Pero qué significa todo eso que usted está diciendo?" Yo les contesté lo mejor que pude basada en lo que había investigado sobre el tema y puedo afirmar que la conversación fue fluida y que ellos escucharon y aceptaron lo que de mi boca salía.

Un hombre me contó que muchos de sus conocidos hombres habían resultado "saliendo del armario ya viejos" y que él no entendía cómo todos ellos sucumbían ante la "tentación" de meterse con otros hombres. Así tal cual: "Tentación". Eso me pareció muy curioso y aunque no me sorprendió, sí me movió algo por dentro ver la cantidad de miedos infundados y prejuicios que la gente acarrea.

Yo estaba asustada, recuerdo que hice un gran esfuerzo por no importunar con mis palabras nada de lo que ellos dijeran, después de todo yo era una niña rodeada de adultos desconocidos que le preguntaban qué era una lesbiana. Pero para mi sorpresa, a pesar de los prejuicios, encontré personas tolerantes. "Vive y deja vivir", eso fue lo que se concluyó en la conversación.

Al final no pude escuchar el mensaje grabado del monólogo, pero me fui a mi casa con un sabor de boca diferente al que tenía antes. Nunca me había visto envuelta en una situación tan incómoda pero tan peculiar. Pensé que quizás la gente sí estaba dispuesta a escuchar y a entender, eso me pareció, y aún me parece, algo maravilloso ■



Yo tampoco sabía si la persona que se paraba frente a mí era un hombre o una mujer o ninguno. ¿Acaso importaba?



Eso de ser joven

Mario Giraldo Arboleda • Grado noveno • Biblioteca Villa Guadalupe • Fundación Ratón de Biblioteca
Tallerista: Carolina Campuzano Baena

Manrique, uno de los tantos barrios que tiene Medellín. Uno donde hay mucha gente humilde (aunque no falta el que se cree mejor que los demás), buenas personas y mucha diversidad.

Ser joven en este barrio conlleva muchos factores que no lo hacen igual a los demás. En esta etapa es clave elegir con quién relacionarse, pues los amigos que escojas pueden cambiarte de por vida; es fácil encontrarte con 'los muchachos', 'los de la esquina', mejor dicho los jíbaros que quieran influenciarte a probar una droga, hacerlo es como dañar algo que ya está hecho. Hay algunos jóvenes que caen en ser uno de ellos por facilidad económica o por tener 'buenas amistades'. Para mí esto lleva a una crisis, pues muchos dejan de estudiar y abandonan sus sueños por trabajar a temprana edad.

Suena la música, solo dos géneros tienen cabida en las fiestas: reguetón viejo y guaracha. La gente se conoce y baila de distintas maneras. Allí la manera de vestir es lo más importante, por eso y por el físico es que te juzgan, por lo que muchos se visten no por-

que se sientan cómodos, sino como el resto lo haga para llegar a encajar. Entonces, los niños usan gorras, bluyín ancho, camisa larga, zapatos blancos, manillas, anillos y que no falte el reloj; las niñas, al contrario, lucen shorts y ombligueras, muy poca ropa que les deja ver casi todo. Todos tienen aretas o argollas en la nariz, tatuajes con nombres o escudos de equipos de fútbol. Las niñas llevan el cabello largo y tinturado, los hombres un corte bien degradado.

Entre todos hacen 'vaca' para comprar aguardiente, se besan entre desconocidos y el que lleva Popper lo rota hasta que todos quedan con ganas de más.

En este barrio también es muy común que, siendo unas niñas, muchas mujeres queden en embarazo por la falta de información que sobre estos temas les dan en sus familias o colegios, donde es muy común la frase: "si quiere hacerlo, hágalo. Pero después no llore por un hueco".

No hay aspiraciones ni sueños, todos quieren dejar que todo fluya y pasarla bien ■



Santa María, madre de Dios

David Steven Cano • Centro Educativo Autónomo • Grado décimo
Tallerista: Alejandra Ceballos López

El jueves 27 de septiembre de 2018, cerca del final de una reunión estudiantil, más exactamente a las 2:30 de la tarde, estábamos congregados el docente de Ciencias Sociales de mi institución y varios compañeros de clase en una aula pequeña y algo calurosa que hacía más fraterna nuestra interacción. Nos encontrábamos discutiendo de la banalidad de nuestra jornada cuando uno de los presentes se levanta de su asiento de madera -que estaba casi en su totalidad rayado por bolígrafo de tinta negra-, guarda sus implementos de trabajo en la maleta y se dirige hacia la puerta azul ultramar intenso que servía de acceso y salida al aula. Ya parado bajo el umbral comenta: "Ya me tengo que ir, que la virgen los acompañe".

Tal comentario fue como una bomba dado que, de un momento a otro, la conversación de los que aún estaban en el espacio pasó de lo cotidiano y comenzó a adquirir un tinte religioso y teológico. La corta charla fue encabezada principalmente por el profesor quien, con un tono interesante en su voz, lanzó al aire la siguiente pregunta: "¿por qué las personas de fe católica, que representan la mayoría en Colombia, mencionan más a la virgen que a Dios que es su deidad suprema?" Yo, con una sagacidad poco común en mí, respondí: "supongo que es porque la virgen es una figura materna". Para ese entonces el reloj ya marcaba las 3:00 de la tarde, teníamos que regresar a nuestros hogares por lo que el tema quedó inconcluso, aunque todavía la duda que el espontáneo debate había planteado seguía sin resolverse y corriendo por mi cabeza.

Salí por el portón metálico ubicado en la parte de enfrente del colegio, del mismo color de las puertas de los salones de clase. Estando ya fuera, subí por la calle 104 del barrio Pedregal y voltee en la primera esquina hacia la derecha, caminando por esa acera dirigí mi vista hacia la iglesia principal y en todo el centro de su fachada vi un vitral de la Virgen María con Jesús en brazos. Pensé en ese preciso instante que era una señal.

Retomando el camino hacia mi casa, bajé por una calle angosta que daba con un parque, en el cual se encontraba una estatuilla de María Auxiliadora en yeso, aproximadamente de 120 centímetros. Ver la figura me hizo ser consciente de que, en realidad, no eran "señales divinas", sino el testimonio de cómo la cultura colombiana y en especial la antioqueña está arraigada a una doctrina mariana.

Pero aún faltaba responder la incógnita de por qué se daba tal devoción. Llegué a mi casa, entré por su largo pasillo e ingresé a mi habitación, abrí mi closet y saqué las prendas que iba a vestir. Toqué la frescura del tejido y percibí el olor limpio que desprendían, las puse encima de mi cama y, acción seguida, me acosté. Al cerrar los ojos por un momento se despertó en mí, de nuevo, la curiosidad que me estaba consumiendo entonces, para saciarla, me fui al estudio con el fin de acceder al sagrado y sabio internet para que respondiera mis dudas y me brindara quizás esa tranquilidad pasajera de la cual todos necesitamos disfrutar.

Ahora, inmerso en el mundo digital, escudriñé página a página buscando esa añorada respuesta, dediqué cerca de dos horas a la investigación y me detuve a las 6:00 de la tarde, al toparme con un archivo en PDF el cual contenía la observación del autor Pedro José Camacho, quien explicaba que nuestro país y principalmente los aborígenes evangelizados adquirieron, en tiempos de la conquista, devoción por María, ya que su imagen fue utilizada por los colonos españoles como símbolo de la piedad y asociada, además, a la obra misionera.

Por otro lado, y parafraseando al teólogo Gerardo Farrel, hay que recordar que los aborígenes del territorio colombiano han tenido por lo general una sociedad matriarcal a causa de una mitología que le brinda un valor simbólico a lo femenino como representación de la fecundidad y la fertilidad, por tales motivos, cuando los agentes pastorales provenientes de España inculcaron en Colombia la fe cristiana y junto a esta a la figu-



ra de María, los pueblos nativos la recrearon según su realidad cultural, infundiendo así esta visión a lo largo de nuestro desarrollo histórico. A causa de eso es que en Colombia se le ha rendido culto a la Virgen, porque su figura es la representación de una madre protectora, amorosa y bondadosa que, además, tiene poder y es relevante, porque concibió al Mesías en castidad.

Al día siguiente, el viernes 28 de septiembre de 2018, a la 1:45, me dirigí al taller de Prensa Escuela de la Universidad Pontificia Bolivariana. Para llegar a mi destino hice uso del sistema del Metro de Medellín y allí, en las concurridas estaciones, la vi otra vez: era la imagen de María plasmada en lo que parecía ser un mural, puesta allí como guardiana, amparo de los ciudadanos y quien vigila sus actos. Extrañamente la obra parecía intacta pues, realizando una pesquisa sobre aquella producción desde mi celular, encontré que, acorde con Humberto Pérez, el artista propuso la idea de poner 'Marías' en las estaciones, ya que estas no son estropeadas ni destruidas porque en la ciudad lo que más se respeta es la madre.

Por lo tanto, desde eso y siempre que camine por las calles de Medellín viendo las múltiples figuras, tendré presente que María, la bendita entre todas las mujeres, siempre estará en la cima como patrona de nuestra ciudad, mirando con benevolencia a sus hijos ■

"¿Por qué las personas de fe católica, que representan la mayoría en Colombia, mencionan más a la virgen que a Dios que es su deidad suprema?"

Villatina, 30 años después

Valeria Hincapié Bustamante • I.E. Sol de Oriente • Grado sexto
Tallerista: Natalia Orozco Taborda

Cuando llegué por primera vez a este lugar me sentía tranquila. Estaba caminando y de repente me encontré una placa de acero que tenía una fecha y avisaba que ese día muchas personas habían fallecido. Les pedí a mis papás que me explicaran a qué se refería eso. Ahí lo entendí casi todo.

Mi mamá me contó que la historia se originó un domingo muy alegre y hermoso. Era 27 de septiembre de 1987. Ese día, tan especial para muchos niños del sector que se encontraban realizando la ceremonia de su primera comunión, se convirtió en una gran tragedia para todos los habitantes del barrio Villatina.

Muchas personas se encontraban descansando, aprovechando su día libre. Los niños jugaban, disfrutaban el momento sin imaginarse lo que iba a pasar. Eran las 2:40 p.m. y se escuchó una fuerte explosión. Segundos después, se levantó una tormenta de humo que desprendió gran parte del Cerro Pan de Azúcar. Esto causó la muerte de aproximadamente 500 personas, también destruyó cerca de 70 viviendas y dejó, por lo menos, mil damnificados.

En la actualidad, aún no se sabe cuál fue la causa por la cual se desprendió el Cerro,

unos dicen que esto ocurrió por algunos elementos explosivos que guardaron en su interior, otros cuentan que allí había algunos canales por los cuales pasaba el agua para unas parcelas que se estaban construyendo.

Lo que sí se sabe es que de esta tragedia no alcanzaron a recuperar todos los cuerpos de las personas fallecidas, por lo cual fue declarado campo santo. Ahora, este lugar es un ecoparque muy visitado.

Luego de que mi mamá me contara esa historia, me sentí rara al estar pisando restos y también triste por todas esas personas afectadas. Seguí caminando y encontré una escultura en honor a todos los que sufrieron esa situación y que permanecen allí sepultados.

Tiempo después, volví a este sitio. Ya no me sentía tan angustiada, pero aún tenía en mi mente que estaba pisando restos humanos. A pesar de esto, me empezó a gustar mucho el parque por sus colores vivos, árboles, flores; también

por su silencio, paz y tranquilidad. Ahora veo de una forma diferente esa escultura que observé la primera vez que fui. Esas dos manos que sostienen un bebé significan para mí que, a pesar de lo que sucedió años atrás, sigue habiendo vida allí, por lo que cada que alguien lo visita puede hacer memoria de lo que allí sucedió. Ahí lo entendí todo ■



A seis cuerdas canta la vida

Erley Alejandro Pérez Colorado • I.E. Ángela Restrepo Moreno • Grado décimo
Tallerista: Laura García Guerra

Ocasionalmente, cuando la tarde es cálida y las nubes de lluvia no amenazan con empapar las calles de la ciudad, se me puede hallar parado en alguna esquina, calle o parque donde el tránsito de personas sea constante, haciendo uso de la herramienta de que dispongo para presentar un espectáculo a los transeúntes: mi guitarra. Un acto simple, pero que puede alegrar un día por más gris que pudiese estar.

El sonido del plástico contra el nailon, la correa que aprieta el cuello, las abolladuras que causan las gruesas cuerdas a los dedos, los cuales después de un rato de constante trabajo comienzan a doler, pero un dolor bueno, de los que uno soporta porque lo que hace es placentero; el sonido de las monedas al caer en el estuche, donde antes traía los implementos de trabajo y que al chocar con las otras generan un sonido metálico que da la sensación de que lo que hago es correspondido.

No hay nada que me llene más el alma que ver

pasar a las personas y en un cruce de miradas intercambiar una sonrisa que dice tantas cosas sin la necesidad de articular palabra, cosas como que lo que hago está bien, que es placentero y satisfactorio escuchar así sea por unos pocos segundos lo que tengo por decir. Esto se demuestra a través de aquellos que tienen el gesto de detenerse a observar y que luego de un momento continúan su camino con una expresión que alegra el corazón y me inspira a dar todo de mí y me permite expresar sentimientos tan feroces que su voz retumba fuertemente dentro de mi cuerpo y, sin poder retenerlos, los libera, esparciendo toda la energía que de ellos emana.

Se pueden encontrar también, si uno mira con detenimiento, a esos espectadores silenciosos que desde la distancia simplemente observan, disfrutando quizá de lo que ven y oyen.

Son realmente complacientes esos pequeños momentos en los que una persona se acerca a compar-

tir un par de palabras, consejos, opiniones, cosas que hacen sentir que vale la pena seguir haciéndolo por ver nuevamente esa sonrisa en rostros desconocidos como la de algunos niños que, mientras su madre o padre los lleva de la mano, se quedan viendo con asombro, como si hubieran visto algo salido de la televisión; los rostros jóvenes que saludan simplemente esbozando leves sonrisas, los rostros ancianos que arquean sus labios en un tierno gesto.

Otras sensaciones que sin duda alguna vale la pena disfrutar, cada momento, una y otra vez, cuantas veces sea posible son la calidez con que el sol golpea la piel y la frescura del agua al bajar por la garganta, cuando esta por el desgaste clama por algo de beber.

Cada instante que paso parado en una esquina, una calle o un parque haciendo aquello que me apasiona, sintiendo la correa contra el cuello, las cuerdas tallar los dedos, sentir por todo el cuerpo cada uno de los sonidos que al compás de la música de guitarra libera mi voz, me hace feliz. Puedo decir con total certeza, con el orgullo que me ha sido transferido de mi tierra, que cantar en las calles de Medellín, para sus habitantes, es de las mejores experiencias que alguna vez he tenido la dicha de vivir ■

Se pueden encontrar también, si uno mira con detenimiento, a esos espectadores silenciosos que desde la distancia simplemente observan, disfrutando quizá de lo que ven y oyen.

Cárcel: una pequeña ciudad

Brahian David Zamora Osorio • I.E. Fe Y Alegría Luis Amigó • Grado noveno
Talleristas: Sara Vanesa Parra Cadavid • Jonathan Correa Restrepo

En Medellín hay aproximadamente 138 recintos penales con un hacinamiento masivo de más del 50% de su capacidad carcelaria. Las infraestructuras presentan gran deterioro, se ven como a punto de irse al suelo; hay fallencias tanto alimenticias como médicas, exponiendo a los reclusos a un alto riesgo de desnutrición y a diferentes tipos de enfermedades que, para tratarlas, no hay los medicamentos suficientes.

En esta cifra está un hombre apodado "El Árabe" condenado a vivir esta pesadilla a sus 37 años de edad por una denuncia de parte de la madre de sus hijas por violencia intrafamiliar y una infracción de concierto para delinquir con un grupo armado del sector de Itagüí. "El Árabe" es del barrio San Francisco, donde fue capturado por el Cuerpo Técnico de Investigación (CTI) que lo llevó a la cárcel La Paz en ese mismo municipio. Al entrar, sus primeras palabras fueron: "Esto no me puede pasar a mí", cuenta. Pero la verdad es que, desde ese momento, cada recluso debe ser consciente de que es uno más dentro de la cárcel y adentrarse en su propia realidad.

Al ingresar al patio número cuatro lo primero que le miraron fue con qué pertenencias entró y qué le podían robar, luego tuvo que buscar dónde descansar porque entró a prisión desubicado, como cualquier otro. Esa primera noche no tuvo dónde dormir, lo único que pudo encontrar fue un pequeño espacio dentro del baño donde mantuvo su mente ocupada pensando en lo que le podía pasar mientras transcurría esa noche.

En el transcurso de su primer día en la cárcel fue acogido por el grupo armado con el que se relacionaba y tuvo la suerte que muy pocos presos tienen: le ofrecieron un cambuche de 50 centímetros de alto y 1,50 de largo para dormir un poco mejor y guardar sus objetos personales. Los que tenían capacidad económica para pagar una celda obtenían mejores condiciones de supervivencia, los demás, como él, tenían el espacio por los pasillos, pero aun así se debía pagar ese cambuche; no era lo más cómodo, pero era lo único que le ofrecían ya que allí no se podía ni sentar ni parar, debido al hacinamiento siempre estorbabas por donde quiera que estés.

El día a día en la cárcel

Al amanecer, cuando la luna se está ocultando y ocupa su lugar el sol, hay una primera contada de presos a las 6:00 a.m. por parte del Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario (INPEC), donde ninguno de los reclusos puede estar por fuera de los patios, pues de lo contrario te dejan allí hasta que aparezca el último de ellos. Luego, entre las 8:00 a.m. y las 10:00 a.m. el INPEC otorga



una posibilidad de trabajo o estudio para todos aquellos que tengan la voluntad de rebajar su condena, así por 6 horas que estudies, trabajes o enseñes, te rebajan 8 horas de cárcel, de este modo, al realizar algunas de estas actividades en 3 meses rebajas 1 mes, es la única oportunidad que da esta institución de salir más rápido. Hay trabajos desde enseñar hasta ayudar musicalmente en la iglesia, "El Árabe" fue cantante en la iglesia y docente de música, razones por las cuales rebajó su condena de 36 meses a 22 meses de prisión.

"El Árabe" cuenta que muchas personas creen que la cárcel es un sitio de reinserción, pero no es así. La mayoría de quienes habitan en el recinto penal y fueron malas en libertad, al entrar se vuelven peores, esto conforme a las circunstancias que a ellos les ocurren en la cárcel, por ejemplo ser sometidos a los ataques de ciertos compañeros.

Un ejemplo de esto es que los problemas que se ocasionan en la cárcel se solucionan con arma blanca, por lo que, para detener estos conflictos los guardias utilizan el gas con cada uno de los prisioneros en batalla; además, hay un grupo especializado del INPEC llamado Grupo de Reacción Inmediata (GRI), el cual es el encargado de solucionar todas las riñas, el cual también tiene la obligación de revisar la cárcel dos veces al año con la intención de encontrar dro-

gas, armas y dinero. A quien se le encuentre alguna de estas cosas se le aumentará 6 meses a su condena y por 2 presos que formen una riña pagan todos los restantes.

Al cumplir 9 meses en La Paz, "El Árabe" es trasladado a Tierra Alta, Córdoba, donde llegó como un extranjero a una cárcel con más de 1000 presos y tan solo 2 patios. Allí había un expendio el cual se manejaba con

consignación por parte de amigos o familiares de los presos, con dicha consignación podían comprar lo que quisieran. Sin embargo, no es tan fácil, pues adentro los precios de algunos productos se multiplican hasta 3 veces su valor habitual, por ejemplo, algo que cuesta \$3.000 en la cárcel vale \$15.000. Esto lo hacían aprovechando que quienes iban a visitarlos podían entrar solo cierta cantidad de comida, preferiblemente solo un almuerzo. Las visitas eran solo los domingos desde las 8:00 a.m. hasta las 4:00 p.m.

Acudir al expendio a veces era necesario, pues la comida de la cárcel consistía en: arroz sin sal, sopa con gusanos, jugos sin azúcar; "todo sabe asqueroso, pero es con lo único que puedes sobrevivir", asegura "El Árabe", quien cuenta además que el desayuno lo daban a las 6:00 a.m., el almuerzo a las 9:30 a.m., y a las 3:00 p.m. la comida. Por todo esto, él pasó de pesar 95 kilos a 84, durante su paso por la cárcel de Itagüí a Tierra Alta, lo cual, según él, lo favoreció, ya que tenía sobrepeso y lo consideraban como una persona obesa.

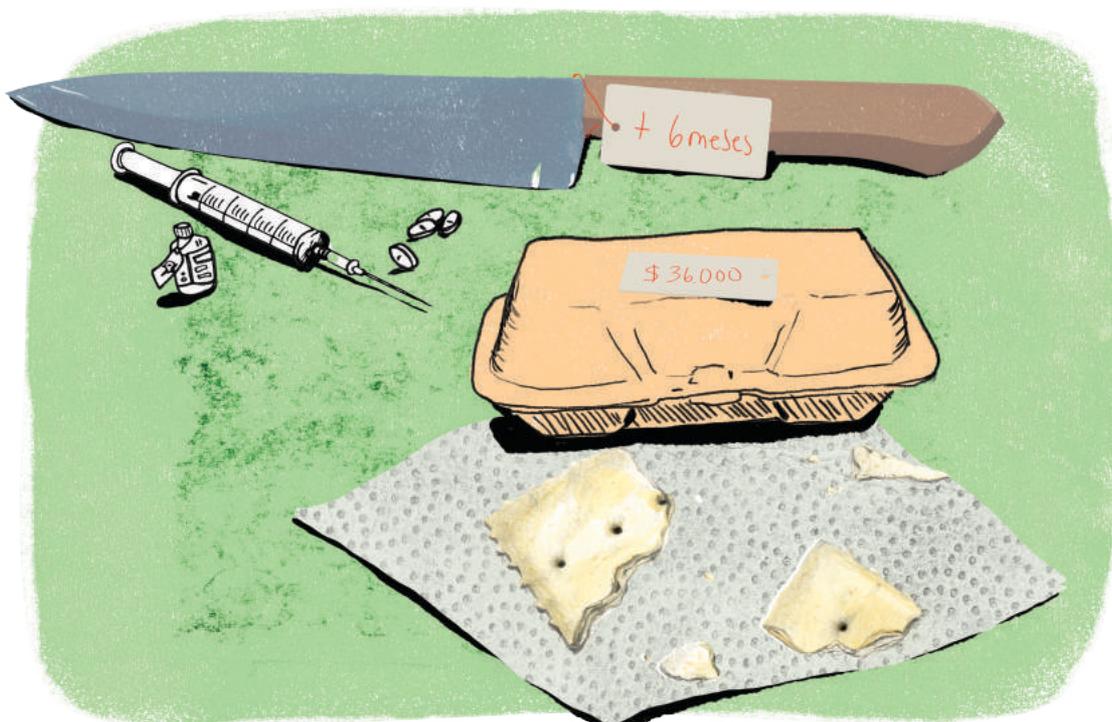
Las personas que tienen más dinero en la cárcel son las que dominan todo, si alguien no tiene con qué pagar lo que compró, le cobran con una paliza, y si deben mucho los electrocutan con agua y luz, esa es la mayor humillación que tiene un hombre dentro de la cárcel.

En Tierra Alta, "El Árabe" fue un profesor muy reconocido que le enseñaba a leer y a escribir a personas mayores de 44 años. Él, además, era quien les hacía la carta de petición para la salida, pues en la cárcel todo es por escrito y muchas personas allí son analfabetas.

Había días en los cuales no dormía y se desesperaba preguntándose qué hacía metido en ese lugar. Sin embargo, se reconfortaba con dos frases muy comunes en la cárcel y que todos gritaban después de estar encerrados en sus celdas a las 4 p.m.: "Gracias Dios por un nuevo día" y "Un día más, un día menos para nosotros".

"El Árabe", luego de sobrevivir a esta pequeña ciudad, con su voz quebrantada, da gracias a Dios y a su familia que nunca lo abandonó en este momento tan difícil de su vida, pues ahora puede disfrutar de su libertad al máximo ■

Esa primera noche no tuvo donde dormir, lo único que pudo encontrar fue un pequeño espacio dentro del baño donde mantuvo su mente ocupada pensando en lo que le podía pasar mientras transcurría esa noche.



Cómo vuelan los sueños

Camila Duque Restrepo • Colegio de la Compañía de María La Enseñanza • Grado undécimo
Tallerista: Alejandra Ceballos López

“Por allá en el 76, en un programa de televisión que presentaba el famosísimo Pacheco, los viernes a las ocho de la noche, se presentó un grupo de cometistas bogotanos volando en Neusa”... esto lo cuenta Germán Duque, 42 años después, con especial detalle y emoción. No puede describir cómo quedó ni qué sintió, si fascinado o pasmado, al ver a esas personas ir tan alto. Pensó en que eso podía ser la libertad absoluta: “uno de esos escasos momentos de la vida cuando algo te toca fuerte, te marca y sabes que eso es lo que quieres y necesitas”, dice. Él era, por ese entonces, un estudiante de bachillerato y durante mucho tiempo no volvió a escuchar ni a buscar nada sobre el tema, pero nunca olvidó aquel anhelo que en él había quedado sembrado.

Seis años después, cuando terminaba su carrera de Medicina, durante el internado, estaba haciendo un curso de buceo en el club Orcas de la Universidad de Antioquia, cuando una gran amiga, Isabel Duvaltier, compañera del curso, le comentó que su novio era cometista y lo invitó a subir a San Pedro a verlos volar.

Germán Duque siempre había sido un hombre de aventuras: era arriesgado, no le temía a nada ni a nadie y lo más importante, confiaba en sí mismo y en sus capacidades, a pesar de que padecía una enfermedad genética llamada espina bífida, un defecto congénito que se produce cuando la columna vertebral y la médula espinal no se forman correctamente durante el tiempo de gestación. Se clasifica como defecto del tubo neural. Este defecto produce problemas para caminar y de movilidad en general, complicaciones ortopédicas, problemas intestinales y de vejiga, pérdida de sentido del tacto desde el lugar de la lesión hacia abajo, entre otras afecciones.

A pesar de su enfermedad, aceptó su invitación y después de aquella salida, Germán decidió que era el momento de volar. Arrastró con él a su mejor amigo, Juan Carlos Moscoso, que para ese entonces eran como uña y mugre. Juntos compraron una cometa y se unieron a un grupo de aprendices que se reunía todos los sábados y domingos. Entre ellos estaban José Saldarriaga y Carlos Correa.

Entonces cambió su rutina de ir sagradamente los viernes y sábados a tomar cerveza y decidió empezar a dormirse temprano todos los viernes para madrugar a

recoger a sus amigos y a montar las cometas en su Suzuki LJ80 amarillo pollito a eso de las 6:00 de la mañana. Él prefería volar a cualquier otro programa.

Las cosas empezaron a cambiar cuando un domingo, en una de las salidas de aprendizaje a las que Germán no pudo ir, su mejor amigo estaba haciendo sus primeros vuelos altos en San Pablo y, en el momento del aterrizaje, tuvo un accidente en el que sufrió fractura de dos vértebras. Desde ese momento su mejor amigo no volvió a volar. Permaneció en cama durante varios meses y fue sometido a una cirugía en la que le pusieron dos varillas a los lados de la columna. Nuestro personaje, aunque preocupado por su amigo y el accidente, siguió con la aventura; quería llegar alto.

Su primer vuelo alto no lo olvidó: fue en Sabaneta, en un cerro muy próximo a donde vive actualmente. Un vuelo de 45 segundos, 100 metros de altura. Después, dentro del proceso de aprendizaje voló en San Pablo, a 1000 metros de altura sobre el río Porce, un vuelo de 15 minutos. Dice, entre suspiros, que es inimaginable ver tanta hermosura a tal altitud.

Controlando su cometa sentía una emoción espectacular que hasta el día de hoy recuerda con nostalgia.

Así, un 12 de agosto, día del cumpleaños de la hermana de Juan Carlos, el grupo de amigos decidió ir volar a San Pablo. Para optimizar más el tiempo salieron esa misma noche a acampar pasando Puente Gavino, cerca de El Caney, un pequeño poblado. Al otro día madrugaron a volar. La mamá de Germán, Aura Vélez, los acompañó y se encargó de recoger a Germán y a sus amigos en el lugar de aterrizaje.

Ese día hicieron dos vuelos, porque tenían tiempo: uno en la mañana y otro en la tarde. Estaban muy animados, pues hacer un vuelo implicaba subir la cometa a pie hasta la colina de la que iban a despegar, desempacarla, armarla y esperar que empezara a hacer viento de la manera correcta para poder despegar. Generalmente despegaban primero los más inexpertos, entre ellos Germán. Él recuerda esta salida con especial sentimiento porque fue la única vez que su mamá lo vio volar. Eso fue importante.

Otro día, cuando Isabel Duvaltier estaba haciendo su rural en Amagá, los invitó durante unas jornadas de salud para que volaran sobre el pueblo y arrojaran unos volantes desde las cometas. Ahí tuvo su primer acciden-

te. Todo iba de manera normal, cuando, de pronto, empezó a perder altura muy rápido. No pudo llegar al sitio de aterrizaje y quedó a medio camino con la cometa enredada de un árbol, colgando, a pocos centímetros de un alambrado de púas. Afortunadamente los otros cometistas se dieron cuenta, lo recogieron y lo ayudaron a bajar. Germán quedó intacto, pero le quebró un tubo al triángulo de la cometa y le dobló un ala.

Cuando cogió más práctica voló en lugares como Medina, Matasanos, Las Antenas, Niquía, Santa Elena, Neusa, entre otros lugares. Fue el primero en hacer un vuelo del Cerro Quitasol por San Pedro y aterrizar donde queda ahora el Éxito de Niquía. Sin embargo, sabía que al volar se corrían muchos riesgos, sobre todo en el momento de despegue, en este se podía accidentar fácilmente si no tenía la técnica suficiente. Y en el momento de aterrizaje, pues en este es común escuchar de fracturas, luxaciones, caídas al río Medellín, enredos en las líneas de alta tensión que dejan sin luz a algún pueblo, o hasta la muerte.

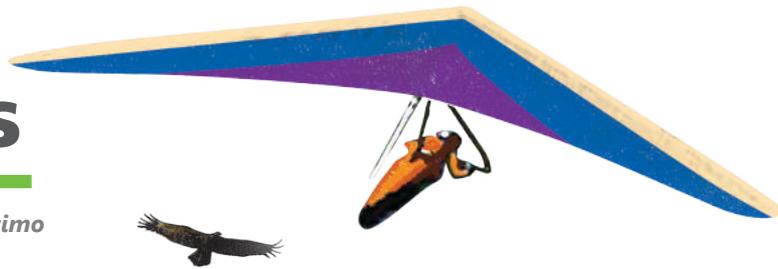
En una salida a Medina, por ejemplo, un día antes de un paseo para ir a volar al Volcán Galeras y al municipio de Samaniego, en Nariño, por primera vez Germán se quedó en la maniobra de salida, quebró el triángulo y no logró despegar.

Unas semanas después de este suceso ocurrió algo trágico, José Saldarriaga estaba ensayando una cometa que él mismo había reparado, para eso fueron a San Pablo. En el despegue o él hizo mal la maniobra o la cometa no quedó bien reparada, el caso es que se accidentó y murió. Todos los amigos asistieron al velorio. Fue muy doloroso porque era una de las personas más cercanas a todo el proceso de aprendizaje de Germán. Eso lo impactó y decidió dejar de volar.

Arregló la cometa y se la vendió a Jaime Sierra, quien en uno de sus primeros vuelos altos, sufrió un accidente y murió. Fue entonces cuando Germán entendió que su ciclo como cometista había terminado, pues la muerte estaba merodeando muy cerca y lo mejor era no tentarla más.

Con mucho dolor y tristeza se esforzó para alejarse de este mundo que había sido su vida durante dos largos años, en el que aprendió muchas cosas, conoció a personas inolvidables, amigos de verdad; se llenó de aventuras maravillosas. Aunque Germán se alejó, haber sido cometista se convirtió en uno de los mejores recuerdos que él puede tener, pues cada palabra que dice al hablar está llena de pasión y de profunda nostalgia ■

Fue el primero en hacer un vuelo del Cerro Quitasol por San Pedro y aterrizar donde queda ahora el Éxito de Niquía.



Un visitante inesperado

Sebastián Gallego Cardona • I.E. Presbítero Antonio José Bernal • Grado décimo
Tallerista: Natalia Orozco Taborda



Se avecinaba la oscuridad junto con él. Entonces, optó por el camino que lo conduciría al hogar de una familia muy amable y generosa. El trayecto escogido estaba lleno de barro; sin embargo, no tuvo problema con ello.

Al llegar, la familia que habitaba allí lo miró de extremo a extremo. Soltaron algunos comentarios extrañados por su presencia. Él solo los observaba, detallándolos también, de arriba a abajo. Ellos le ofrecieron un poco de yuca con arroz que quedó del almuerzo de ese día. Él lo aceptó sin ninguna exigencia de por medio. Nadie bajaba la guardia ni un momento. Todo siguió así hasta que, luego de comer, él decidió partir del sitio.

Al siguiente día, el anciano de la casa subió a darle comida a los porcinos. Para su sorpresa, en esta zona se encontraba el personaje de la noche anterior.

- Pensé que te habías ido – dijo extrañado el señor.

Él miró al anciano y, en medio del silencio, siguió cruzando por las cocheras, esquivando algunas goteras y cuidando muy bien su pelo. El señor se quedó observando sus pasos. Al final, este decidió darle de comer a los porcinos mientras el visitante miraba detenidamente

te a los cerdos.

El hijo del anciano subió al lugar y se encontró al visitante.

- ¿Todavía aquí?- fue lo único que le dijo.

El visitante ignoró el comentario y siguió con sus observaciones.

La noche llegó. Al no verlo rondar por el sitio, la familia pensó que ya se había ido. Es más, lo aseguraron, porque creían que de no ser así, hubiera vuelto por un plato de comida, tal como el día anterior.

Efectivamente, ese día no retornó. Y no fue solo ese día, pasó un tiempo prolongado desde la última vez que lo vieron. Cuando el tema estaba empezando a quedar en el olvido, lograron distinguir su presencia en la finca: se encontraba saltando entre las tablas de los corrales y correteando con el perro.

- ¿Quisieras quedarte viviendo con nosotros? – le preguntó el anciano al ver que su llegada ya no era aleatoria, sino que demostraba querer quedarse.

- Miau- esa fue la respuesta de Tommy, quien a partir de ese momento, se vinculó a nuestra familia y actualmente lleva 2 años siendo la mascota favorita del hogar ■

Él solo los observaba, detallándolos también, de arriba a abajo. Ellos le ofrecieron un poco de yuca con arroz que quedó del almuerzo de ese día.

Vámonos a ver qué pasa

María Paulina Bustamante Duque • Unidad Educativa San Marcos • Grado décimo
Tallerista: Laura Cristina Castrillón Valencia

Eberith Pineda, José Luis García y Jermin Jesús Londoño, son tres venezolanos emprendedores cargados de sueños que ahora viven en Medellín. A Eberith lo llaman "El Gato" por sus expresivos ojos verdes, tiene piel blanca, 32 años de edad y estudió siete semestres de Ingeniería Civil en Mérida, Venezuela. Dejó atrás a sus padres y a su pequeño perro, Titano.

José Luis es de piel morena, tiene barba y es robusto. Era dueño de una charcutería en la gran meseta de los Andes venezolanos, pequeño valle lleno de verde, abarrotado por taludes y montañas. Este lugar, según José, tiene aires de Medellín, es poblado, con gran tránsito de autos, vistosos parques y de un colosal verdor. Hoy anhela ver a su esposa, a su pequeña hija, a sus padres y amigos, quienes permanecen en Venezuela.

Estos dos grandes amigos fueron vecinos desde muy pequeños, vivieron toda su vida en la misma residencia y crecieron jugando con piedrecitas, trompos y pelotas.

Jermin Jesús es un hombre alto, con cejas llamativas y piel morena. A pesar de que es técnico en Mecánica Industrial ha ejecutado trabajos de obrero, cocinero y ha pintado casas en Medellín para su sustento y el de toda su familia, a quienes ansía ver prontamente.

Hoy, los tres afirman que nunca vivieron situaciones de extrema pobreza ni pasaron hambre; la conexión a internet era imposible, no se conseguían materias primas importadas y la devaluación de la moneda llevó, por ejemplo, a José Luis a vender su camioneta y a "El Gato", su moto.

Cuatro meses atrás decidieron salir de Venezuela, incluso sin papeles o un pasaporte válido, ya que el apostillado de los documentos cada vez es más complicado. Llegar a Colombia se les hizo fácil por la cercanía que hay entre los dos países. José Luis dice que si hay problemas o su familia está en peligro, es factible llegar en 24 horas a Mérida.

Los tres tomaron la osada decisión de migrar a Colombia y pudieron realizar el trámite de sus contraseñas para nacionalizarse, por lo que se sienten totalmente agradecidos con este país que les abrió sus puertas.

Armenia, Quindío fue la primera ciudad que conocieron. Allí lograron abrir un local de ricas arepas rellenas de carne, pollo y salchicha, con una exquisita masa de maíz tierno. Fue un amigo cercano de José Luis quien les ofreció residencia. Y aunque la ciudad los acogió bien, con el pasar del tiempo no encon-

traron estabilidad económica, por lo que tomaron la decisión de acudir a Medellín.

El hecho de que en Colombia el consumo de arepa es tan usual como en Venezuela, fue el principal factor que influyó en la decisión de vender este producto típico. Además, la facilidad con la que con la que encuentran los productos para realizarlas, les da la certeza de que puede ser un negocio seguro y rentable.

"El Gato" halló un pequeño local ubicado en Envigado, preguntó por el costo del arriendo y le pareció factible, luego llamó a sus amigos y así decidieron comenzar. Ahora todos simpatizamos con las deliciosas arepas, las que tienen un toque que nadie conoce, pero disfrutan. Así, a pesar de los conflictos que los abrumaban en Venezuela, estos tres hombres encontraron el camino para superarlos y mejorar las circunstancias y condiciones en las que vivían ■



El señor del Bonice

Gina Lizeth Dávila Salazar • I.E Ángela Restrepo Moreno • Grado décimo • Talleristas: Isabel Uribe Sierra • Santiago Gutiérrez Urrea

Héctor de Jesús Flórez o como lo apodan los niños: “El señor del Bonice”, nació el 15 de septiembre de 1953 en Necoclí, Antioquia. De tez morena y aproximadamente 1.65 metros de estatura, sale todos los días a las 11:00 a.m. de su casa en la vereda La Montañita, cargando un cuaderno para anotar las ventas todos los días y lo que le toca dejarle a la agencia, para llegar a las 11:50 a.m. al primer colegio de su recorrido diario, la I.E Ángela Restrepo Moreno, después de esta se dirige a la I.E San José y termina su recorrido en el Colombo Alemán, entrega su carro a las 6:00 p.m. y se dirige a su casa.

Lleva 14 años vendiendo Bonice y afirma que ya morirá haciendo esto pues, “aunque no se gane mucho, toca sobrevivir con lo poquito que deja, porque estando tan viejo ya no lo reciben a uno en ninguna parte”, dice. Además, sus estudios fueron muy pocos, debido a que, según él, la época y el lugar donde vivía no se lo permitían, “si daban clase un día pasaban otros ocho sin dar, entonces digamos que alcancé a hacer primero de primaria al menos”. Por esto, en toda su vida, ha tenido diversos trabajos.

A los ocho años empezó ayudando a sus padres a traer vacas de los potreros. Ya a sus once trabajaba en una finca bananera en Apartadó, entraba a las 6:00 a. m. y salía a las 11:00 p.m., todo el día cargando y sellando bananos. “Esas fincas cogían a los más peladitos, de 10 a 12 años, porque trabajábamos barato”.

Le tocó irse de su territorio en 1985 por problemas con la guerrilla, pues iban a reclutar a sus dos hijos mayores. “Uno quedaba siempre en medio de los paramilitares, la guerrilla y el ejército. Ellos no dejaban tener talento alguno”. Llegar a Medellín con su familia fue un cambio duro, debido a la dificultad de adaptarse al clima “frío” de la ciudad, “cuando llegué por acá me daba miedo tomarme un café caliente porque se me empollaba la boca”. Recién llegado se ubicó en Santa Cruz y comenzó a vender pollos por partes en canecas, mientras otros días madrugaba a la Minorista a cargar para poder llevar algo a la casa. Fue allí donde le mataron a Carlos, uno de sus seis hijos.

En 1990 se fue para la vereda La Montañita en San Antonio de Prado, allí lleva 28 años viviendo o “sobreviviendo” como dice él, y afirma que lo único maluco de donde vive es que no cuenta con agua potable, les toca recoger el agua de una quebrada que queda al lado: “Cualquier político por el que votamos nos promete que va a arreglar eso, pero parece que me voy a morir sin tener agua potable”.

“Uno quedaba siempre en medio de los paramilitares, la guerrilla y el ejército. Ellos no dejaban tener talento alguno”.

Don Héctor dice que una de las cosas que más le gustan de su trabajo son los niños, pues estos “hasta me preguntan por qué no vine a venderles cuando, por alguna razón faltó”. Además, la mayoría de los padres de familia que lo conocen lo definen como una persona muy buena gente y amigable, siempre con una sonrisa y algún chiste; algunos tienen ya la costumbre de comprarle todos los días en la entrada del colegio y “cotorrear” un rato con él.

Cuando los estudiantes salen a vacaciones deja de trabajar con el carrito y se la rebusca en la vereda vendiendo árboles, “por la arrancada, llevada y sembrada de un arbolito son 20.000 pesos, en un día me puedo hacer 100.000”. De haber tenido la oportunidad, le hubiese gustado ser panadero o maestro de obra, y dice que, en este tiempo, el que no estudia es porque no quiere, por lo que les recuerda la importancia del colegio a todos los estudiantes con los que entabla una conversación.

Y mientras intento tomarle una foto, antes de irme, me dice que estas no le agradan ya que no le gusta que se burlen de él. “A fuerza de lidias me tomé la de la cédula y eso porque era obligatorio. Si es por fotos yo no existo”, concluye don Héctor para seguir con su labor ■



Una tarde bajo la lluvia

Dayana Botero Marulanda • I.E. Presbítero Antonio José Bernal • Grado décimo
Tallerista: Alejandra Ceballos López

La tarde estaba gris, caminaba hacia la estación Tricentenario del Metro, me dirigía a la estación Estadio. Iba para la UPB al taller de Prensa Escuela.

El tren estaba lleno, así que esperé dos más y, sin darme cuenta, ya estaba tarde. Luego de entrar al vagón, empezó a llover, y era tanta la lluvia que hasta el vidrio de las puertas se empañó, de tal modo que se veía distorsionado.

Al llegar a la estación Estadio aún llovía, no como antes, pero sí lo suficiente para mojarme. Bajé las escaleras y miré al cielo, aún estaba gris. No me convenció de que escamparía así que, como iba tarde, continué mi camino, empapándome cada vez más.

Caminaba distraída, cuando vi que la chica del paraguas que iba delante de mí, disminuyó el paso y al quedar a mi lado, dijo: “¿Te llevo?”

Yo, todavía sin creer que me estaba hablando a mí, me limite a decir: “Por favor.”

Parecía que camináramos al ritmo del agua que caía sobre el paraguas, mientras los carros y su terrible olor a contaminación, despejaban las gotas que caían en el vidrio con el limpiabrisas.

En un momento dado ella me preguntó hacia dónde me dirigía, al contestar me di cuenta de que íbamos para el mismo lugar: la Universidad.

Mientras caminaba junto a ella, pude observar algunas personas: unas con sus paraguas, caminando como sin ganas de vivir, como si el caer del agua fuera una tragedia. Otras, en cambio, como yo, no lo llevaban y sólo les quedaba huir de la lluvia; trataban de andar rápido, casi corriendo, pero al cabo de unos segundos,

se cansaban y dejaban de hacerlo. Y no, no les quedaba más remedio que mojarse o parar a escamparse. No había nadie que se acercara y les dejara un puesto en su sombrilla, como a mí.

La chica a mi lado era alta y delgada, su cabello entre rojo y naranja, tono semejante al de un atardecer, su sonrisa nerviosa, una hilera de dientes perfectos, sus ojos color café o algo parecidos... La recuerdo con lentes redondos, pero no estoy segura, podría ser una ilusión mía. O tal vez no. Llevaba puesto un abrigo entre café y negro, pantalón ajustado, unas botas estilo Krogen, y como todo estudiante, una mochila.

No recuerdo bien la conversación que sostuvimos hasta allá. Pero, las pocas cosas que pude saber sobre ella eran que se llama Daniela, está estudiando Diseño Gráfico, igual que yo -sólo que ella ya en la U- vive por la estación Tricentenario, al igual que yo; le gusta la lluvia, y también mojarse, tiene un amigo fotógrafo, e iba muy temprano a recibir su clase.

Al llegar a la entrada de la universidad, ya llovía poco y el aire permanecía húmedo. Sin darme cuenta Daniela se alejó diciéndome con una sonrisa: “hasta luego señorita.”

En ese instante fue cuando me puse a pensar en todas las cosas que tuvieron que pasar para que nos encontráramos, todas las coincidencias: atrasos en el tren, el tiempo de llegada al Metro, la salida, el no encontrarme con las amigas que siempre me voy, el aguacero, las tantas personas que iban sin paraguas, el atrevimiento de hablarme y ofrecerme su ayuda, el atrevimiento mío al aceptar...

Como dijo una vez el actor Groucho Marx: “¿Qué casual que casualmente pasen tantas casualidades?” ■



Un faro sobre la montaña

Camila Marín García, *Colegio Colombo Francés, Grado décimo*
Talleristas: Jonathan Correa Restrepo - Sara Vanesa Parra Cadavid

Son las nueve de la mañana y está lloviendo. Estoy al frente del Éxito de San Antonio en el centro de Medellín y, como podrán imaginar, todo está mojado, así que no puedo sentarme en ninguna parte. Estoy aquí, un domingo, pues es hoy el día escogido para "ir a comunidad" como le dicen en la fundación en la cual soy voluntaria, a un pequeño terreno lleno de sueños en algún lugar de la ciudad. Me inscribí a esta organización cuyo objetivo es lograr que las personas que habitan en asentamientos informales tengan condiciones dignas de vida y que el gobierno haga presencia allí, es decir, busca hacer visibles a los "invisibles", aunque para mí, más que "invisibles" son ignorados.

Me encontré con mi abuela en una esta-

ción del Metro, pues a ella también le emocionaba la idea de conocer un lugar nuevo para ella, como lo son para muchas personas la mayoría de barrios que se encuentran montaña arriba. Ana llega primero, a los minutos, llegan Karol y Mery, todas son también voluntarias de la organización y vamos a realizar juntas esta visita. Así que emprendemos nuestra caminata hacia un bus que no sé dónde encontraremos. En el camino nos detuvimos en una tienda que alegaba tener los mejores precios de todo el centro de Medellín, así las cuatro tiendas anteriores también lo aseguraron.

Ya sentadas en el bus, Ana nos explicó qué íbamos a hacer. Estaba tan emocionada que ni siquiera presté atención a las preguntas que hacía mi abuela. Pronto arrancó nuestro vehículo y fuimos las únicas pasajeras. Subimos, subimos y subimos. Como en realidad no sabía a donde íbamos, observé por la ventana todo el recorrido, leí letreros y vi las caras de las personas que caminaban por las aceras. Cuando el bus llegó a su última parada pensé: ¡perfecto, llegamos!

Ahora mis piernas se ríen de esa afirmación, pues empezamos a subir por un camino angosto de escaleras hechas con cemento que, en ocasiones, estaban acompañadas de unas barras amarillas. En un momento, cuando ya habíamos subido bastante, decidí contarlas. 1, 2, 3... 35... 58... 70... 103... Al final, tenía tanto ardor en las piernas, que mi cerebro incluso olvidó el orden de los números. Cada que finalizaba un tramo, me repetía que el próximo sería el último. Estaba tan metida en mi sufrimiento y falta de aire, que no veía más arriba del escalón siguiente. Finalmente, levanté la mirada y logré percibir la inmensidad de las montañas en frente. Pensé: "Ha valido la pena cada escalón".

¡Por fin llegamos! No podía respirar bien, el aire era frío y en alguna casa se estaba quemando un no sé qué, cuyo humo me invadía los pulmones. Caminamos un poco buscando a los niños, pero en realidad, fueron ellos quienes nos encontraron; aún llevaban sus pijamas y correteaban de una casa a otra con la preocupación mínima que se podría tener un domingo en la mañana cuando aún eres un niño. Nos reunimos en la capilla, aunque este espacio desafía todos mis conocimientos sobre lo que una capilla representa.

Pensé que

sería una iglesia con techo y bancas; pero aún no es más que un pequeño salón de madera con un tejado sobre unas guaduas.

Los niños se llaman unos a otros y pronto estamos con unos doce que esperan por la actividad que haremos. Empezamos con un juego de presentación en el que cada uno debía decir su nombre, su edad, con quién vive y después pasar el turno a alguien que no conociera. Cuando dijimos eso, todos los niños rieron y nos explicaron que no hay nadie a quien no conozcan allí, al parecer, no hay nada que no sepan el uno del otro. Luego,

construimos juntos un plan de trabajo donde los niños nos contaron sus sueños y nos guiaron en cómo piensan ellos que podemos trabajar en conjunto para mejorar su barrio, el lugar donde han crecido, su sitio sobre las montañas. La actividad con ellos no fue muy larga, pero al tener casi la misma edad, disfruté ver cómo sus sueños y los míos no son muy diferentes.

Era ya medio día, por lo tanto hora de volver a nuestras casas. Iniciamos entonces el camino de vuelta. Mis piernas rogaban por una vía de regreso distinta a las escaleras y, como si el cielo hubiera escuchado mis plegarias, empezamos a bajar por un camino de rampas, mucho más suave que el anterior y extrañamente más corto.

Ahora, mientras espero el Metro en la estación Parque Berrío, miro hacia la montaña, pronto mis ojos encuentran algo conocido, ese letrero, allá arriba, que en letras blancas dice "Jardín", así, sin tilde. Aunque mi cuerpo aún no lo asimila, subí casi hasta ese punto. Llega el Metro y mientras me siento en una silla verde que encontré vacía, pienso en todas las personas que diariamente hacen el trayecto del que hoy me quejo, siento una indignación profunda al pensar que a nadie parece importarle o que, por lo menos, son muy pocas las personas que deciden hacer algo para el bienestar del otro. Muchas veces ni siquiera nos detenemos a pensar en cómo los superan todas las adversidades que les pone la vida.

La resiliencia es esa capacidad del ser de sobreponerse y reponerse ante la adversidad; y aunque alguien hace poco me dijo que era simplemente una "palabra de moda" y que ahora todo el mundo quiere ser "resiliente", yo opino todo lo contrario. La resiliencia es esa capacidad que tienen los cauchos de volver a su forma tras ser estirados, así como la capacidad de las plantas al nacer en las juntas abiertas de los ladrillos, o los árboles de crecer a orillas del río Medellín. Y definitivamente las personas que llegaron a la ciudad en distintas, pero complejas circunstancias, hacen lo posible para levantar su voz y decir: "¡Aquí estamos! Y vamos a afrontar con una buena cara todas las dificultades que esto nos traiga". Ellas son muchísimo más que "una palabra de moda", son ¡RESILIENCIA! Para mí, resiliencia es sin duda, el brillo en los ojos de las personas de El Faro ■

Estaba tan metida en mi sufrimiento y falta de aire, que no veía más arriba del escalón siguiente. Finalmente, levanté la mirada y logré percibir la inmensidad de las montañas en frente. Pensé: "Ha valido la pena cada escalón".



“Bajo los adoquines, la playa”

Santiago Bermúdez Toro • Colegio Colombo Británico • Grado undécimo
 Tallerista: Natalia Orozco Taborda

– No, parcero. ¡Qué locha! Yo voy pa’ la U. Si querés, te acompaño hasta la estación de bicicletas, pa’ que llegués más rápido al Metro – decía Mateo, bregando a justificar su afán.

Hacía frío, mucho frío, y nubes grisáceas cargaban un aguacero que no duró en comenzar. Salíamos de una clase de literatura por allá en Los Colores y estuvimos media hora esperando escampar, refugiados en la esquina última de una de las tiendas próximas a la Cuarta Brigada, con unos compañeros y mi profesor Jorge Iván.

Era un ritual inviolable: salir de clase, ir a la misma tiendita de siempre, tomar cerveza, comer mecato y conversar. Conversar. De cualquier cosa. Desde ese vasto espectro que compone lo artístico, lo filosófico; hasta lo cotidiano, lo banal. Pero no. Aquella tarde no hubo ni cerveza, ni mecato, ni conversación. No. Solo silencio y un par de cigarrillos que fumó Jorge.

Cuando el silencio se hizo insoportable, usó una torpe excusa para irse, tan torpe que no la recuerdo con exactitud. Con él, se fueron el resto de compañeros, todos, a excepción de Mateo, quien miraba con su rostro flaco la pantallita de su celular, buscando un rumbo, un parche que lo acogiera.

Decidí ir a la Universidad de Antioquia donde asistiría, en sus palabras, a “una de esas farras que hacen después de las asambleas”. Menuda manera de luchar por la educación: con fiesta y más fiesta. ¿Acaso la revolución es eso? Trotsky, con aquel piolet incrustado en el cráneo, estaría retorciéndose en su tumba.

– ... ¿O qué? Si quiere, caiga a la U. Va a estar chimba.

Me vi, pues, frente a una de las estaciones automáticas de bicicletas públicas. Me aguardaba una respuesta y Mateo me miraba insistente. “Algunas cuadras, calles tranquilas”, pensaba. “Audífonos, volumen alto, estación Floresta. Poco menos de una hora de viaje. Perder la noción del tiempo viendo el devenir de la ciudad por alguna ventana. Tener esas ansias de viernes por la tarde para llegar a casa. Recordar, leer, ver rostros. Ir en búsqueda de la belleza furtiva de alguna mujer. Montar en el metro semivacío, viendo las gotas de lluvia anegar la ciudad. Seguridad, comodidad, sopor...” Pero no. Abordé una

bicicleta en búsqueda de algo más. ¿Y las razones? No estoy seguro de ellas, pero qué más da. La noche, con sus lógicas y sus azares, resultaba enigmática, pero a su vez fascinante y seductora para el púber estudiante.

– ¿Sabés qué? Vamos pues pa’ la U.

Así que partimos. Sentía el ardor del sueño en mis ojos y mi espalda soportaba el inmenso peso de un morral. La calle yacía húmeda, muy húmeda, peligrosamente húmeda, pero poco nos importó. Aunque claro, eso no implicó desentendernos de un mínimo sentido de seguridad: disminuíamos la velocidad al pasar por la pintura que teñía las calles y las hacía detergente, respetábamos los semáforos y permanecíamos cautos ante la presencia de los demás vehículos.

– Maluco sería que nos matemos acá – decíamos y reíamos, azarados por los bruscos movimientos de los buses que bajan apresurados por toda la avenida Colombia.

Sous les pavés, la plage... Bajo los adoquines, la playa. Así dictaba la que quizá fue la consigna más popular del mayo francés. Aunque ambigua, hacía referencia a esa liberación implícita que giraba en torno a la figura de la playa. Cincuenta años después pisaba, inconsciente e indelicado, con las llantas de aquella bicicleta los adoquines que conforman el andén que bordea al estadio. Y no, no pensaba en playa, ni en libertad. Aún no... No pensaba en nada.

Llegamos poco después a la intersección con la calle 65, después de haber bajado no muy rápido por Colombia. Pedaleamos por la cicloruta hasta una salida que daba a la calle 57. De ahí, recorrimos la periferia del barrio Carlos E. Restrepo para llegar hasta la Autopista Norte.

El silencio de la calle próxima a una zona residencial revelaba el sonido del andar en bicicleta, el alumbrado público enredado entre los árboles creaba una luz tenue que iluminaba suavemente nuestro recorrido, el frío tenaz del viento y nuestros rostros. Definitivamente, si se quiere concientizar al hombre de su libertad, no hay más que golpearle el rostro con el frío viento de la noche.

Nos encaminamos por la Autopista Norte y la acera deteriorada que rodea la Universidad Nacional.

Pedaleábamos lento, muy lento, esquivando tapas robadas del alcantarillado y evitando resbalar.



El texto de Santiago es un viaje y en él lo acompañan sus lecturas. Este relato hace que el lector se transporte por la ciudad, recorra la noche y sienta lo que es la libertad desde que empieza hasta que termina el relato.

Equipo Coordinador de Prensa Escuela

Pedaleábamos lento, muy lento, esquivando tapas robadas del alcantarillado y evitando resbalar. A poca distancia pasaban, veloces y con luces violentas, los vehículos a lo largo de la calle.

Aquella imagen me conmovió. Era la intermitencia de las luces de los vehículos y sus reflejos con la calle aún húmeda. Eran luces que nacían y morían en el instante. En mi cabeza, retumbaba el sonido de un jazz furioso que abrazaba los brutales pincelazos de tonadas grises, oscuras, rojas y blancas sobre el lienzo virgen del camino.

– ¡Gritos, tambor, danza, danza, danza! ¡Hambre, sed, gritos, danza, danza, danza! – gritaba, citando torpemente unos versos de *Una temporada en el infierno*.

– ¡Me siento como si Rimbaud hubiese tenido Cívica y usara EnCicla!

Éramos felices, muy felices. Nos encontrábamos en el puente de Barranquilla, sobre las turbias aguas del río Medellín y, más allá del taco, veíamos el puente peatonal de la entrada a la universidad. Solo faltaban algunos metros y nos metíamos entre los carros detenidos para así llegar al andén izquierdo de la calle, donde veíamos la gran entrada cerca, más cerca, cada vez más cerca.

Habíamos llegado a nuestro destino. Dejé la bicicleta en una estación próxima a Ruta N. Caminamos hacia La Curva, viendo calle abajo la congestión de la ciudad ■

**Tengo la costumbre de andar por los caminos mirando a la derecha y a la izquierda y de vez en cuando mirando para atrás... Y lo que veo a cada instante es lo que nunca había visto antes...
 Fernando Pessoa**

